


colección alandar 



Cuando Verne
fondeó en
la ría de Vigo

Paco Climent

Lectulandia

El joven de quince años Pepe Varela, acompañado del arqueólogo y humanista gallego Wenceslao Viñal, trata de impedir que algunas compañías extranjeras saqueen los tesoros de los galeones hundidos durante el siglo XVIII en el estrecho de Rande.

Pepe solicita la colaboración de sus amigos Bruno e Isabelle, con la que, además, mantendrás una amistad muy especial. Y no duda en pedir, también, ayuda al famoso escritor francés, Julio Verne, que durante este mismo año, 1878, visita la ciudad gallega a bordo de su barco, el *Saint-Michel*.

Lectulandia

Paco Climent

**Cuando Verne fondeó en la ría
de Vigo**

Alandar - 74

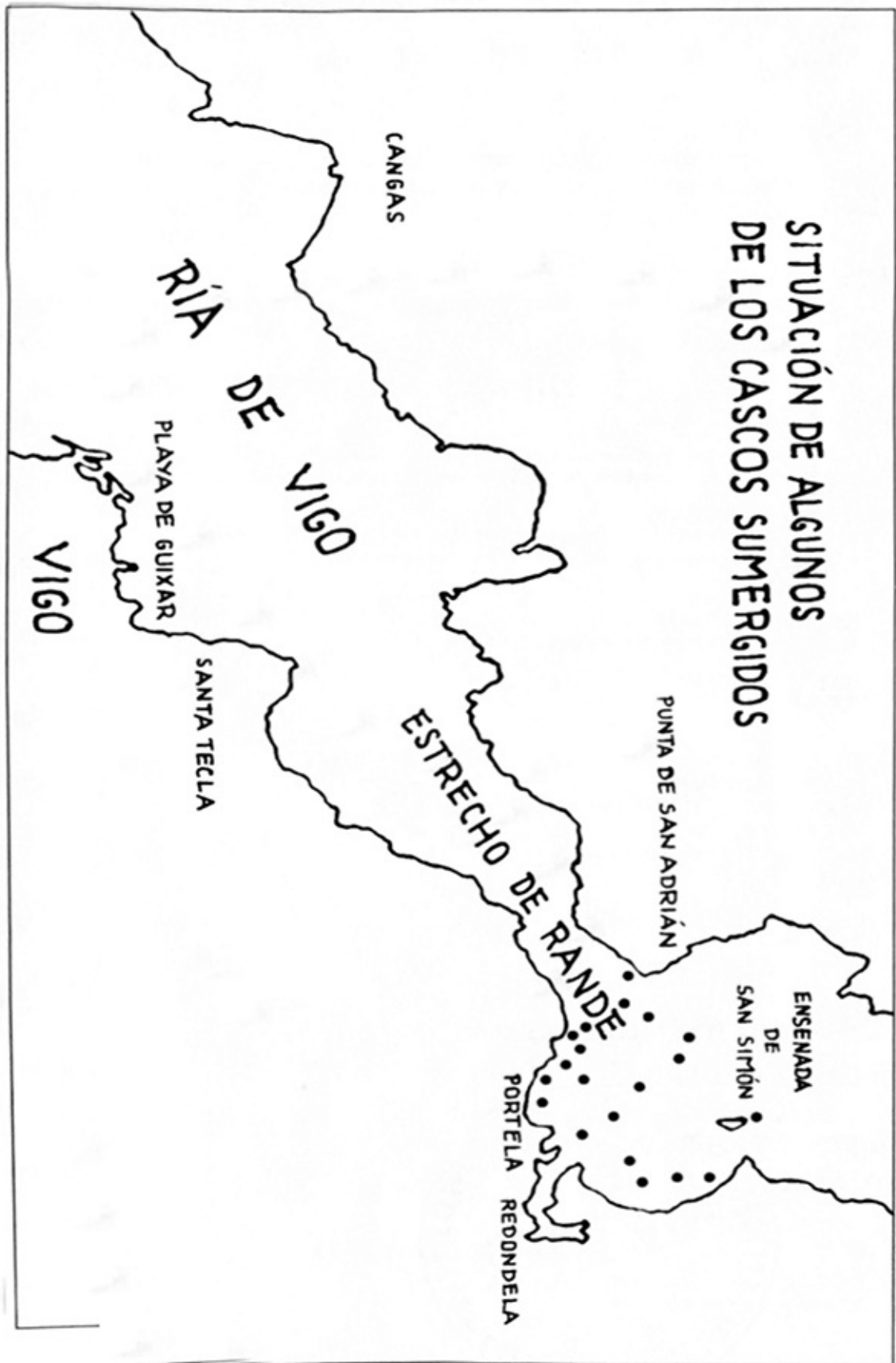
ePub r1.0

Titivillus 24.04.2019

Paco Climent, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com



A mis amigos viajeros
Eduardo Araujo y Montse Custodio
A mi ahijado Pablo
y a sus hermanos Kim y Jan

—Estamos en la bahía de Vigo, señor Aronnax, y sólo de usted depende que pueda conocer sus secretos.

El capitán se levantó y me rogó que le siguiera. Le obedecí, ya recuperada mi sangre fría. El salón estaba oscuro, pero a través de los cristales transparentes refulgía el mar Miré.

En un radio de media milla en torno al Nautilus las aguas estaban impregnadas de luz eléctrica. Se veía neta, claramente, el fondo arenoso. Hombres de la tripulación equipados con escafandras se ocupaban de inspeccionar toneles medio podridos, cofres desventrados en medio de restos ennegrecidos. De las cajas y de los bañiles se pescaban lingotes de oro y plata, cascadas de piastras y de joyas. El fondo estaba sembrado de esos tesoros. Cargados del precioso botín, los hombres regresaban al Nautilus, depositaban en él su carga y volvían a emprender aquella inagotable pesca de oro y plata. Comprendí entonces que nos hallábamos en el escenario de la batalla del 22 de octubre de 1702 y que aquél era el lugar en que se habían hundido los galeones fletados por el gobierno español. Allí era donde el capitán Nemo subvenía a sus necesidades y lastraba con aquellos millones al Nautilus. Para él, para él solo había entregado América sus metales preciosos. Él era el heredero directo y único de aquellos tesoros arrancados a los incas y a los vencidos por Hernán Cortés.

Julio Verne
Veinte mil leguas de viaje submarino.
II Parte. Cap. VIH. 1870.

EXPLOSIONES EN RANDE

El látigo cayó con violencia sobre el lomo de las caballerías, y la diligencia, tras un brusco tirón, se puso en movimiento.

Don Wenceslao se había encerrado en un mutismo total desde que habíamos abandonado mi casa. Toda la verborrea desplegada en lograr de mis padres el consentimiento para poderle acompañar a Vigo se había esfumado por completo; usaba las palabras imprescindibles para no ser tachado de maleducado, algo que mi amigo Vinal, aun a pesar de su carácter extremoso, nunca se hubiera perdonado.

El resto de los pasajeros de La Ferrocarrilana-Mixta, dos caballeros con aspecto de comerciantes y una enlutada señora, tampoco parecían dispuestos a entablar conversación alguna, por lo que el trayecto de Pontevedra a Puentesampayo transcurrió con el único acompañamiento de los gritos del mayoral, el golpeteo de los cascos en la calzada y el quejumbroso protestar de la suspensión del coche.

Cruzábamos el puente románico sobre el río Berdugo cuando oímos con toda claridad un potente estampido que provenía de la boca de la ría. Don Wenceslao sacó medio cuerpo por la ventanilla. Luego nos miró a todos con ojos de loco:

—¡Los ingleses! ¡Son los ingleses!

Todos le observamos sorprendidos; yo algo menos porque estaba en el secreto de lo que significaban aquellos gritos. Pero la verdad es que me encontraba tan incómodo por aquellas maneras como el resto de nuestros compañeros de viaje.

La viuda fue la primera en reaccionar, y lo hizo con una gran seguridad en sus palabras:

—Son las obras del ferrocarril. Están horadando un túnel en las afueras de Pórtela...

—Perdóneme, señora mía —atajó don Wenceslao—, pero si yo le digo que son esos piratas de los ingleses que han venido de nuevo a expoliar nuestros tesoros, hará usted muy bien en otorgarme todo su crédito.

—¿Nuestros tesoros? ¿Qué tesoros...?

Las preguntas de los presuntos comerciantes surgieron tan perfectamente sincronizadas que daban la sensación de estar ensayadas. Ambos hablaban con un fuerte acento catalán.

—¡Cómo...! ¿Que no conocen la historia del hundimiento de la flota, aquí, en la rada de San Simón...?

Los dos viajeros negaron con un movimiento de cabeza, a la vez, en perfecta sincronía.

—¡Así es España! ¡Fenecemos por la última idiotez que nos llega de París, pero ignoramos todo los unos de los otros! Así nos va, claro...

Los catalanes se excusaron por no conocer tan importante historia y rogaron al «ilustre profesor» que se la relatara con el máximo detalle. La viuda mostró su conformidad con una leve sonrisa.

No había nada en el mundo que pudiera provocar mayor felicidad a don Wenceslao: un tema histórico que exponer, un auditorio atento y todo el tiempo del mundo por delante.

Limpió cuidadosamente las lentes antes de comenzar:

—Muy bien, señores. Estos tristes sucesos a los que me voy a referir se remontan a comienzos del siglo pasado. En 1702, la guerra de Sucesión tenía a la Marina en un estado lastimoso; el Gobierno apenas poseía los barcos necesarios para exportar desde México a España el rico tributo que de dos en dos años enviaba aquella colonia. La alianza que existía entre España y Francia permitió a nuestra nación reclamar de su aliada el auxilio de una escuadra que, a las órdenes del almirante conde de Château-Renault, partió de Brest con la misión de unirse a los galeones españoles en las islas Azores y escoltarlos hasta Cádiz. Esta escuadra, compuesta de quince naves, se unió felizmente con la española; pero los almirantes, advertidos de que una flota anglo-holandesa superior en fuerzas les aguardaba cerca de Cádiz, resolvieron buscar otro puerto de desembarque. El almirante conde de Château-Renault optó por un puerto francés; pero el almirante Velasco, jefe de la escuadra española, eligió Vigo y su dictamen fue el que prevaleció. Vigo no tenía guarnición ni medios de defensa; pero, con todo, las escuadras aliadas llegaron a la rada de este puerto y se refugiaron inmediatamente en la bahía de San Simón, que es justo por donde estamos pasando ahora.

Don Wenceslao se tomó un respiro que aprovechamos todos para mirar al exterior. El panorama que se abría ante nuestros ojos era deslumbrador. Un círculo de suaves montañas cubiertas de pinos y maizales rodeaban una apacible ensenada con dos islotes arbolados en el centro; cientos de caseríos desperdigados, medio ocultos entre parras y frutales, subrayaban la presencia humana en aquel paisaje de ensueño.

Mi amigo volvió a recuperar el hilo del relato:

—Los almirantes español y francés tomaron a continuación las medidas necesarias para evitar una sorpresa, situando las embarcaciones de tal manera que, en el caso de que viniera el enemigo, pudieran defenderse con ventaja. Cinco días transcurrieron desde la llegada de las escuadras aliadas hasta la de la flota anglo-holandesa. Estos cinco días se perdieron en negociaciones inútiles entre las autoridades del puerto, los delegados de Cádiz y el almirante Velasco. Éste quería desembarcar el oro y la plata que llevaba a bordo; aquéllos se negaban a recibirlo. Por último llegó de Madrid la orden de desembarque; pero llegó, desgraciadamente, al mismo tiempo que la flota anglo-holandesa, que pasó enseguida al ataque. No es del caso reseñar aquí — se disculpó el arqueólogo, don Wenceslao— uno de los combates a la vez más heroicos y más olvidados por los historiadores. Baste decir que el resultado de esta lucha fue desastroso, no sólo por el fuego del enemigo, sino por las órdenes de los almirantes que prefirieron incendiar y sumergir los navíos antes que verlos caer en poder de los ingleses. Más de trescientos ochenta millones quedaron sepultados en el mar...

Era tal la viveza con que don Wenceslao había narrado la batalla que tanto los catalanes como la viuda, que por ser del país conocía la historia, quedaron prendados de la magia de sus palabras y de sus gestos.

—¿Y nadie se ha interesado por extraer esos millones?

—Porque son muchas pesetas, ¿eh?

Don Wenceslao se tomó un respiro para limpiar sus lentes antes de contestar a los comerciantes.

—Sí, sí, naturalmente. Desde que ocurrió este siniestro, hasta hoy, se han formado muchas empresas que han pedido al Gobierno español la autorización necesaria para explorar las profundidades del mar y llevar a tierra los tesoros perdidos.

—¿Y realmente consiguieron algo de valor? —preguntó la señora.

—Pues no mucho, la verdad. Solamente el último concesionario, *Monsieur Magen*, ha podido llegar a obtener resultados y presentar a sus asociados algunas barras de plata extraídas en las primeras exploraciones.

Los dos comerciantes intercambiaron una breve conversación en catalán y, por primera vez en aquel viaje, fue solamente uno de ellos quien preguntó:

—Y dígame, señor...

—Viñal, Wenceslao Viñal.

—Bien, señor Viñal, ¿está en estos momentos libre esa concesión?

—Que yo sepa, aún le quedan dos años a la compañía Magen para terminar sus trabajos; eso si esos piratas de ingleses no acaban por destrozarse lo que el mismísimo mar ha respetado durante casi dos siglos.

—¿Y no ha habido alguna compañía española interesada en esos tesoros? Sería lo más lógico, ¿no?

—Pues aunque parezca mentira, ninguna empresa se ha preocupado por este asunto. También es cierto que los graves acontecimientos que se suceden sin tregua en nuestro desgraciado país hacen que la opinión pública no repare en estas cosas, y que, por tanto, no sea para los españoles la gloria de recobrar sus propios tesoros... —ensayó una leve sonrisa antes de continuar—. Afortunadamente éste es un país de excepciones heroicas. Un industrial amigo mío, que por cierto fue quien me avisó de la presencia en Rande del barco inglés, lleva años trabajando por su cuenta en una boya-submarina, que muy bien podría ser la solución para la localización definitiva de los buques y la extracción de sus riquezas. De cuando en cuando los periódicos publican gacetillas acerca de estos trabajos. Cada cual comenta estas noticias salpicándolas con algunos de esos chistes que siempre brotan de los labios gallegos. Hace tiempo fue tema de conversaciones, pero últimamente, quien como yo no mantenga estrecha relación con el inventor, ignora los importantes ensayos que ha verificado para robar al mar el secreto de ese tesoro.

La conversación ya no daba más de sí y el silencio se volvió a adueñar de todo el pasaje.

Estábamos ya a las puertas del estrecho de Rande, un angosto paso que comunica la ría de Vigo con la ensenada de San Simón. Y allí, cabeceando suavemente en un mar encalmado, se podía ver con claridad un vapor de regular tamaño con el ancla echada.

Miré a don Wenceslao; no tuve que preguntarle. Por la violencia de su expresión, supe que habíamos avistado al enemigo.

Comenzaba la guerra.

UN BARCO MISTERIOSO

Un rato después llegamos a un apeadero provisional cercano al pueblo de Pórtela, donde la diligencia dio por terminado el viaje. Los nueve kilómetros que nos separaban de Vigo los efectuaríamos en tren, con el mismo billete que La Ferrocarrilana-Mixta nos había expedido a la salida de Pontevedra.

Apenas hacía dos años que se había inaugurado este primer tramo del futuro enlace férreo entre Vigo y la capital de la provincia. Como había dicho la viuda, en esos momentos se horadaba un túnel entre las localidades de Pórtela y Redondela. Esta última villa, con la llegada del ramal de Orense, se convertiría en pocos años en un importante nudo ferroviario.

Llegamos a Vigo sobre las doce del mediodía. Aunque conocía la ciudad por grabados y fotografías, me sorprendió el atrevido escalonamiento de los edificios entre el monte del Castro y el puerto. Me subyugó la ría profunda, hermosísima; un puerto natural perfecto, espacioso y cerrado, defendido al horizonte por los centinelas en piedra de las islas Cíes.

Una vez en el andén, los catalanes vinieron a despedirse de nosotros.

—Esperamos y deseamos que finalice con éxito su misión de, de...

—... de evitar el saqueo de la flota —terminó el otro.

—Muchas gracias, señores. Igual suerte les deseo en las ventas del rico fiambre de su tierra en esta plaza.

¿De dónde habría sacado don Wenceslao que aquellos señores eran charcuteros? De vez en cuando tenía unos despistes monumentales y soltaba con la mayor desenvoltura lo primero que le venía a la cabeza. Esas salidas de tono le habían procurado en la ciudad un cierto sambenito de chiflado.

—Perdón, señor, pero mi hermano y yo no tenemos nada que ver con tan notable industria...

—Acepten mis excusas. Es que me pareció escucharles en el tren algo sobre un fiambre.

Los catalanes se sonrojaron hasta las raíces de los últimos pelillos del cogote.

—En realidad venimos al entierro de un pariente... No tuvo hijos y según parece nos ha legado una fábrica de salazón...

Hasta el mismísimo don Wenceslao se dio cuenta de que era mejor no añadir palabra. Con una inclinación de cabeza nos dimos unos y otros por despedidos.

Salimos de la estación y nos encaminamos hacia la calle del Ramal, donde mi sabio acompañante tenía previsto iniciar las investigaciones.

Formábamos una pareja curiosa. Don Wenceslao debería de andar por el medio siglo, pero, en realidad, su aspecto ausente y momificado le confería un aire intemporal. Lo más notable de su rostro eran sus formidables narices, que, junto a un cabello largo, lacio y desordenado, le asemejaban a un inquieto sabueso. Sobre el poderoso caballete de su nariz cabalgaban en equilibrio unas lentes ahumadas.

Vestía siempre de lo que él definía como «estilo inglés»: ropa de caza o *sport* que paseaba sin el menor recelo por la ciudad. Andarín empedernido se había acostumbrado a servirse siempre de bastón, de los que poseía una colección extraordinaria.

Yo tenía por aquel entonces unos quince años. Era de buena estatura, espigado, cabello castaño siempre revuelto y con una cara que a mí no me gustaba, pero que, supongo, era bastante normal. También usaba bastón, pero por necesidad. Nací con problemas en la pierna izquierda que nunca me sirvió mucho más que para sujetar el correspondiente pie y su zapato. Esta dependencia del bastón me había dotado de mucha fuerza en los brazos y de unas espaldas anormalmente desarrolladas para mi edad.

Nací, pues, enclenque e hijo único. Mis padres decidieron que no era como los demás y se aplicaron, equivocadamente, a protegerme del mundo y de sus peligros.

Nunca fui a un colegio. Eso sí, me rodearon de profesores, memores y maestros de mil cosas, que me impartieron una educación exquisita, pero triste y solitaria.

Sin hermanos y amigos de mi edad, con unos padres volcados en el negocio familiar —La Moda Parisiën— no es de extrañar que encontrara en uno de esos maestros, don Wenceslao, esa compañía y esas complicidades que tanto necesitaba. El señor Viñal —como le trataban mis padres— y su mundo lleno de referencias ancestrales y mágicas se habían convertido para mí en una tabla de salvación, en el escape a una existencia plana y mortecina.

Fruto de aquella extraña pero ya sólida amistad, era el presente viaje a Vigo que suponía, por lo menos yo lo interpretaba así, el espaldarazo definitivo, la mayoría de edad que me otorgaba mi guía y maestro en tantos saberes.

Don Wenceslao decidió que deberíamos realizar la primera pesquisa en el Consulado británico.

—Conozco a Bárcena, el vicecónsul. Fue alumno mío... Confirmaremos si se trata de un buque inglés.

Tomamos la calle del Ramal, que años después, debido a la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América, sería rebautizada como de Colón. Era entonces una de las avenidas más modernas, flanqueada de edificios de piedra con amplias balconadas en hierro forjado.

Como era la vía que enlazaba el muelle con el arranque de la carretera a Orense, soportaba un tráfico intenso de vehículos de todo tipo cargados con las mercaderías más variadas. La concurrencia de paisanos era, asimismo, muy numerosa, debido a la cercanía de la estación y a que, ese día, comenzaban las fiestas de la ciudad en recuerdo de la heroica reconquista de Vigo, al comienzo de la guerra de la Independencia.

Don Manuel Bárcena nos recibió amablemente en su despacho. Sin más preámbulos, don Wenceslao le expuso el objeto de nuestra presencia allí.

—En efecto, don Wenceslao, son ingleses. Ese vapor se llama *Dido* y pertenece a una empresa británica, la Vigo Salvage Company. Su representante es el señor Tucker, capitán de dicho barco...

—¡Pero Bárcena!, no sé si sabrás que es una compañía francesa la que tiene concedido los permisos de recuperación...

—Sí, eso tenía entendido. Parece ser que la antigua compañía francesa de salvamentos ha traspasado sus derechos a la empresa del señor Tucker. He visto sus papeles y están en regla, créame...

Mi amigo se estaba poniendo nervioso por momentos.

—¿Y qué me dices del empleo de explosivos, eh? ¿Tienen los papeles en regla para hacer semejante salvajada? Estarás de acuerdo conmigo, Bárcena, que con ese método no van a dejar una pieza sana. Están perpetrando una barbarie arqueológica.

El vicecónsul contestó sinceramente apenado.

—Comprendo sus temores, don Wenceslao, y los comparto, créame. Pero realmente no puedo hacer nada: se sale de mis atribuciones...

El bueno de Vinal recogió sombrero y bastón y se incorporó. Meditó unos segundos y haciéndome una seña para que le siguiera, murmuró para sí:

—La Marina... Veamos qué piensa la Marina de todo esto.

—Puedo ahorrarle esa visita, don Wenceslao —le interrumpió Bárcena—. Por las características de este asunto he tenido que despachar con Vázquez de Freiré, el comandante de Marina, que sincerándose admitió que todo era un poco extraño, pero eso sí, absolutamente legal. Creo que fue a principios del mes de mayo cuando fondeó el *Dido*. Al comunicarle el capitán sus propósitos, se negó a permitir los trabajos de recuperación porque no tenía conocimiento oficial de que la empresa dueña del *Dido* estuviera autorizada para tales menesteres. Pero, querido maestro, hay sin duda gente poderosa tras el capitán Tucker. No habían transcurrido veinticuatro horas desde su negativa de permiso cuando le comunicaron telegráficamente desde Madrid dos órdenes para que dejara las manos libres a Tucker: una desde el Ministerio de Marina y otra desde el de Fomento.

Mi pobre amigo quedó anonadado al escuchar las explicaciones de Bárcena. Se apoyó en la mesa y preguntó en un tono de voz tembloroso, desacostumbrado en él.

—¿Quieres decir que Vázquez no puede hacer absolutamente nada?

—Sólo cumplir órdenes, don Wenceslao. En este asunto tiene las manos atadas y bien atadas. Créame...

—¿Pero sabe que están destrozando los galeones a barrenazos?

—Sí, desde luego; está al tanto de todo. Tenga en cuenta que hay un contramaestre en una lancha de la Armada que le pasa un parte diario de los trabajos del *Dido*. No sé si saben —y por primera vez me incluyó como interlocutor— que la mitad del valor de los tesoros que se consigan extraer son para la Hacienda Nacional...

El profesor salió de la entrevista completamente derrotado. Su caminar era tan apagado como su ánimo. Al llegar a la Alameda y entrever el mar, pareció recuperar algo de su talante habitual.

—En fin, Pepe, parece que hemos perdido la primera escaramuza, pero eso no supone que nos demos por vencidos. Porque, ¡demonios condenados!, lo que me encorajina es que en este asunto hay gato encerrado, por muy en regla que parezcan los papeles. Y si no, al tiempo, querido Pepe, si no al tiempo...

Yo tenía menos conocimientos y experiencia para suscribir lo que don Wenceslao afirmaba. Sin embargo, me bastaba con lo oído en el despacho del vicecónsul para compartir la sospecha de que un cierto misterio rodeaba la presencia del *Dido* en aguas viguesas.

UN PEDIDO DE PÓLVORA

Don Wenceslao decidió que ya era tiempo de reponer fuerzas; almorzaríamos en una de las tabernas de El Berbés, el barrio marinero de Vigo.

Me habían hablado de El Berbés como si fuera un romántico rincón donde el agua del puerto lamía mansamente los soportales de las viviendas de los pescadores. Pero seguramente olvidaron advertirme que un olor nauseabundo lo invadía todo. En el suelo se amontonaban los desperdicios del pescado que las empleadas en la industria salazonera desechaban, y que, naturalmente, acababan pudriéndose entre un hedor insoportable.

Instintivamente buscamos un aire más saludable al final del muelle. Desde aquella atalaya se dominaba por completo el puerto, repleto entonces de toda clase de navíos. Los había grandes como un vapor que llenaba sus bodegas con hermosos bueyes del país; o como esas dos goletas de guerra, la una con pabellón español y la otra con el tricolor francés, cuyas artillerías relucientes brillaban al sol. Un sinfín de pequeñas embarcaciones, lanchones, esquifes y faluchos sembraban de vida el estuario con su constante actividad.

Fuera del muelle, y por tanto alejado de las miradas de cualquier curioso, se encontraba anclado un precioso *yacht* de dos palos y alta chimenea central. El casco de color negro contrastaba con el blanco de la línea de flotación, y el sol del mediodía arrancaba destellos de los respiraderos de bronce y de las chupetas de madera pulida.

—¡Qué hermosura de barco! —comenté en voz alta.

Y me quedé con la boca abierta pensando en los apasionantes viajes que podrían llevarse a cabo a bordo de tan preciosa embarcación.

Un pescador que vigilaba su anzuelo a nuestro lado debió de escuchar el comentario y adivinarme el pensamiento porque, dirigiéndose a mí, confirmó:

—Tienes razón, muchacho, es un buque digno de un rey. Y verdaderamente su dueño casi lo es —hizo una pausa para dar mayor énfasis a la confidencia—. Es propiedad de Julio Verne, el famoso novelista...

—¡Julio Verne en Vigo! —exclamó don Wenceslao, entusiasmado.

—Sí, y es un gran honor para todos los vigueses —apuntó el pescador.

—Para todos los gallegos, amigo mío, para todos los gallegos.

El buen erudito no podía permitir sentirse excluido de la visita de un personaje tan representativo de su mundo más querido: el de la cultura y el progreso científico.

Volvimos la espalda al mar y dirigimos nuestros pasos, de nuevo, hacia El Berbés. Encontramos una taberna aseada y atacamos con voracidad una crujiente empanada y un excelente guiso de pulpo.

El rico vino del país aflojó más de lo normal la lengua del maestro, prolongándose la sobremesa entre planes contra Tucker a cual más descabellado por su parte, y llamadas a la cordura y a la resignación por la mía.

Atardecía y aún no habíamos buscado alojamiento para esa noche. Don Wenceslao escogió la Fonda de Europa, establecimiento que frecuentaba desde hacía tiempo. Nos recibieron obsequiosos y pusieron a nuestra disposición el mejor cuarto, con dos camas bien anchas y una hermosa cristalera con vistas a la ría.

Faltaba poco para la puesta de sol y era un espectáculo digno de dedicarle unos minutos. El cielo cambiaba por momentos a tonos dorados y allá, a lo lejos, las Cíes se recortaban con nitidez, como dos pinceladas violentas.

Asistíamos en respetuoso silencio a esta explosión de belleza cuando un discreto golpeteo en la puerta rompió el hechizo.

Un empleado entregó una nota a don Wenceslao. Era de Barcena, el vicecónsul británico, y decía así: «Hay novedades importantes. Póngase en contacto conmigo cuanto antes».

Nos aseamos con rapidez, con la esperanza de que las nuevas favorecieran nuestras pesquisas.

Cómo estaría el ánimo de don Wenceslao que tomamos un coche de punto para que nos subiera a la calle del Ramal. Lo subrayo porque la tacañería era, quizá, el más grave defecto de mi amigo. Aunque en su defensa habría que añadir que el dinero y don Wenceslao no acababan de coincidir.

El señor Bárcena no estaba en casa, pero había dejado el recado de que lo buscáramos en La Tertulia, una sociedad recreativa de la que era presidente.

Cuando llegamos ante el portalón de La Tertulia pasaba de las nueve. La fachada estaba iluminada *a giorno*, como era más habitual decir entonces, y el trajín que se adivinaba era de fiesta grande.

Los porteros nos cerraron el paso; pero la nota de Bárcena funcionó como salvoconducto. Nos hicieron pasar a un amplio salón mientras uno de los ordenanzas buscaba al vicescánsul. Nuestro hombre no se hizo esperar. Vestía un impecable traje de etiqueta. Saludó a su antiguo maestro y tuvo una amable sonrisa para mí.

—¿Qué ocurre, Bárcena?

—Don Wenceslao, este asunto se está complicando demasiado. Mire este documento que he recibido esta tarde y que acabo de traducir del inglés...

Le alargó una hoja de papel. Vinal se caló las lentes, pero a la luz temblorosa de las bujías del salón no alcanzaba a leer bien por muchos guiños de ojos que hacía. Reparó en mí.

—Toma, Pepe. Tú tienes buena vista.

Consciente de la importancia del momento, aclaré la garganta, procuré que la voz no me temblara y leí:

Muy señor mío:

La Vigo Salvage Company se ha formado con el objetivo de utilizar una concesión hecha por el Gobierno español al Sr. H. Magen de Madrid y París, para recobrar los buques naufragados y los tesoros sumergidos en la bahía de Vigo; y se ha enviado una expedición de Inglaterra, bajo la dirección del capitán Tucker, que está trabajando desde mediados de mayo en los buques naufragados y pide a los directores que le envíen alguna pólvora de cañón de algodón y cohetes de espoleta para hacer explosiones. Esta pólvora de cañón de algodón es un nuevo medio de explosión y no puede usarse en armas de fuego ni para usos de guerra, pero es muy eficaz para obras submarinas. Sin embargo, a consecuencia de los severos reglamentos, no puede importarse en España, y su falta es un gran obstáculo y dilación al éxito de la expedición, pues aunque la pólvora para barrenos puede obtenerse en Vigo, la calidad es tan inferior que es de muy poca utilidad. Los directores de la Vigo Salvage Company, por lo tanto, suplican a V. E. que les conceda el permiso de importar a Vigo una cantidad de pólvora de cañón de algodón —es decir, una tonelada— con el número de cohetes de espoleta que se necesita para que se emplee exclusivamente en el trabajo de hacer saltar los buques naufragados en la bahía de Vigoy la vecindad, y al mismo tiempo haría notar a V. E. que su

Gobierno está interesado en el éxito de la empresa, pues según la concesión, recibe el cuarenta y tres y medio por ciento de todo el valor de lo que pueda recobrase. Esperando una contestación favorable, queda de V. E. muy humildemente.

Por la Vigo Salvage Company Limited,

*Thomas Christy, director.
Venchurch St. 155. Londres.*

—¡La hecatombe! ¡Esto va a ser la hecatombe! —rugió don Wenceslao—. ¡Por las benditas ánimas! ¡Cómo poder evitar tal desastre...!

Bárcena tomó el documento y lo guardó.

—Mi obligación es remitir esta petición a Madrid y esperar respuesta. He hablado con el Comandante de Marina, que está aquí acompañando a los franceses, y es de la misma opinión. Por otra parte, estoy con usted en que si les conceden la pólvora, adiós galeones.

Don Wenceslao había perdido su capacidad de pelea. Nunca como en aquel momento se asemejó a esos perros de ojos pequeños y tristes, de orejas arrastradas y cola sin ánimo.

—¿Cómo evitar el desastre...? —repetía para sí. Bárcena consultó su reloj de bolsillo.

—Van a ser las diez. Perdónenme, pero como presidente de La Tertulia debo hacer el honor a nuestro invitado, el gran Julio Verne. Ha llegado la hora de los brindis...

El erudito pareció no escucharle. Seguía como hipnotizado en aquella esquina de la sala, sin hablar, sin mirar a ningún lugar determinado; estoy por testificar que casi no respiraba.

Pero de pronto, y precedido por una serie de convulsiones corporales, explotó en un torrente de actividad.

—¡Eureka! ¡Cómo no se nos había ocurrido antes! Ven, Pepe, creo que ya tengo la solución...

Y a grandes zancadas me arrastró al salón contiguo.

Era una estancia mucho más grande que la de la entrada, con las paredes forradas de magníficas lunas de Venecia y con multitud de candelabros que hacían resplandecer los dorados de los muebles. Sillas y canapés se habían retirado junto a las paredes para ampliar al máximo el espacio destinado al baile. El salón estaba al completo. Aparte de caballeros de rigurosa etiqueta, se veían marinos con los uniformes de gala de las armadas francesa y

española, mezclados con las señoras y muchachas de más relumbrón de la ciudad embutidas en sus mejores galas.

Cuando entramos, Bárcena, copa en mano, acaparaba la atención de los reunidos.

—... y coincidiendo con los festejos por la conmemoración de la reconquista de esta plaza después de la invasión francesa, Dios ha traído al mismo tiempo a estas aguas en son de paz a Julio Verne, un hombre de imaginación poderosa, que ha puesto su talento científico a disposición de la imprenta, que es la gran máquina cosmopolita que está conquistando el mundo, y al *Flore*, un buque que rompió el silencio de estas aguas con el ruido de sus cañones para pregonar su cortesía y su amistad. El tiempo, que es un gran disolvente de las cosas humanas, ha hecho que franceses y españoles, sin perder por esto sus ideas de nacionalidad, den por olvidados antiguos rencores; y la cordialidad de unos y la hidalguía de otros, serán la mejor garantía de la unión y la fraternidad de nuestras dos naciones.

Los presentes subyugaron con un aplauso entusiasta los buenos deseos expresados por Bárcena que fue cariñosamente abrazado por Julio Verne. A continuación el escritor, con una amable sonrisa, se disculpó de su mal castellano y propuso otro brindis por la buena concordia de los dos pueblos, la ventura de España y muy particularmente por la felicidad de Vigo.

Sonó otro expresivo aplauso y cuando arrancaban los primeros acordes para continuar el baile, don Wenceslao se abrió paso a codazos hasta el novelista y a grandes voces y en un francés horrible, le gritó:

—¡*Monsieur Verne, Monsieur Verne!* ¡Están robando el tesoro a «su» capitán Nemo!

ISABELLE

Abochornado abandoné a su suerte a don Wenceslao y me refugié en un saloncito que había visto al fondo. Allí busqué una silla donde sentarme y reponerme del sofoco que me había producido la intervención de mi amigo.

Este salón lo presidían las banderas española y francesa, enlazadas por una guirnalda recubierta de ramaje verde brillante y flores pintadas de purpurina. En una de las esquinas estaba dispuesto el ambigú, con profusión de dulces y bebidas, donde las «bellas viguesas y sus mamás» reponían fuerzas e intercambiaban impresiones.

Por su parte, algunos socios de La Tertulia departían con los oficiales y los guardiamarinas del *Flore*, alrededor de una mesa elegantemente presentada con diversidad de pastas, sándwiches y abundante vino de Burdeos.

Sonó de nuevo la música en el salón contiguo y casi todos los jóvenes buscaron pareja y marcharon a bailar.

Pensaba que ya era hora de regresar con don Wenceslao cuando una chica, de mi misma edad más o menos, se me acercó.

—¿Te encuentras mal? ¿Puedo ayudarte en algo?

Era alta, delgada, y con el pelo castaño tan largo que casi le llegaba a la cintura. Tenía unos ojos verdes hermosísimos que me miraban de forma dulce y risueña a la vez. Boca y nariz eran grandes pero correctas, por lo que todo su aspecto resultaba agradable.

Si he de ser sincero, nunca una chica tan preciosa se había tomado ese interés por mí.

—Me llamo Isabelle —se presentó, remarcando la doble ele—. ¿Y tú?

—Pepe Varela...

—Te vi abandonar el otro salón a trompicones y pensé que te encontrabas mal.

No supe que responderle: miré mi bastón. Isabelle perdió por un momento su aplomo. Lo recuperó preguntándome:

—¿Quieres un helado?

Sin esperar respuesta se fue al ambigú y regresó enseguida con sendas copas. Luego se sentó a mi lado y comenzó a sorber del barquillo como un pachá de su pipa.

Yo no tenía la menor experiencia de cómo tratar a las chicas. Sin hermanas ni primas, sentía ante ellas una gran inseguridad, agravada por mi evidente torpeza corporal.

¿Qué hacer entonces con aquella «cosa» tan linda, vestida de blanco desde las flores del pelo hasta el lazo de los zapatos, y que consumía el sorbete con una tranquilidad envidiable mientras yo apenas acertaba a meter el barquillo en la copa?

Naturalmente hice lo que todo adolescente que se precie realiza en situaciones semejantes: recubrir con una supuesta rudeza masculina las mil debilidades que en esos momentos me agitaban.

—No me pasa nada. Me aburría lo que decían ahí al lado.

—¿Quién es el señor que estaba contigo? ¿Tu padre?

—¡No! —me sentí como san Pedro al decir—: Es... es un conocido.

—Pues es bastante raro; parece el fantasma de un castillo...

—Es que es un arqueólogo. —En aquel momento me pareció una respuesta lo suficientemente razonable y contundente como para dar por cancelado el asunto.

Se hizo un silencio que afortunadamente rompió la llegada de dos muchachos algo mayores que nosotros. Vestían con elegancia y tenían un inequívoco aspecto extranjero.

Se dirigieron familiarmente a Isabelle y le pidieron, en francés, que se fuera a bailar con ellos. La chica declinó cortésmente la invitación alegando que su madre aún no la dejaba bailar en público. Los jóvenes saludaron y regresaron al salón de baile.

Me quedé observándolos con cierta envidia, que Isabelle captó.

—El más guapo es Maurice, sobrino de Julio Verne —explicó— y el otro es Jules Hetzel, el hijo de su editor que también viaja con ellos en el *Saint-Michel*.

—¿Y de qué los conoces tú?

—Es que mi padre es el cónsul de Francia aquí en Vigo, y desde que atracó el *yacht* de *Monsieur Verne* les acompañamos a todas partes...

Al volver a mencionar a Julio Verne recordé que había dejado a don Wenceslao en el salón principal asaltando al escritor y que posiblemente ya me anduviera buscando.

—Tengo que irme. No he dicho a mi amigo adonde iba...

Se incorporó para ayudarme.

—¡Déjame! Te he dicho que no me pasa nada.

Y apoyándome en el bastón abandoné la estancia. En el último momento, antes de cruzar el dintel, miré disimuladamente a Isabelle. Se había sentado con expresión de desconsuelo, las manos apretando su bolsito de nácar. Detrás de ella, las dos banderas enlazadas y el caprichoso entrelazado de ramajes dorados formaban un dosel digno de una princesa.

Así la veía yo, y me dije que era el chico más idiota del mundo por marcharme de su lado, pero me sentía tan poca cosa junto a Isabelle que sólo encontraba reposo en la voluntad de huir de ella.

En el gran salón de baile, don Wenceslao departía animadamente con el novelista y otros señores. Se habían colocado en una de las esquinas a fin de no entorpecer las evoluciones de los danzantes, enganchados en ese momento a una trepidante polka.

Me situé a prudente distancia de los contertulios y me entretuve en estudiar detenidamente al escritor.

Julio Verne tendría entonces unos cincuenta años. Era alto, o por los menos a mí me lo pareció, con un rostro expresivo y jovial enmarcado por abundante barba que ya blanqueaba. Vestía de negro, lo que le daba un aspecto profesoral, más que de un popular hombre de letras.

La conversación debía de estar terminando porque se inició la obligada ronda de inclinaciones de cabeza y apretones de mano entre los contertulios que rodeaban al escritor. Don Wenceslao fue el primero en abandonar el grupo. Se acercó sonriente, sin el nerviosismo de antes.

—Vámonos, Pepe. He logrado que el señor Verne utilice su autoridad para intentar disuadir a Tucker. Mañana temprano hay que llevarle el mensaje al capitán inglés. Conviene, pues, que nos retiremos a descansar...

Cuando abandonamos el salón miré hacia el ambigú con la esperanza de ver a Isabelle por última vez. No pudo ser: las espaldas de Maurice Verne la ocultaban por entero. Por un momento me sentí mal; pero las prisas de don Wenceslao no dejaban resquicio para las contemplaciones melancólicas. Le seguí como pude mordiéndome los labios.

Pero a pesar de mi mal de amores, dormí como un bendito. Aún no había salido el sol cuando mi amigo me despertó; nos vestimos, reservamos el

hospedaje para esa noche y dejamos al recepcionista el encargo de enviar un telegrama a mis padres para avisarles que «debido a unos asuntos de extrema importancia permaneceríamos en Vigo una noche más». El texto ampuloso de don Wenceslao hinchó, como nunca, mi vanidad.

Cuando abandonamos la Fonda de Europa, la alborada era limpia, aunque algo fresca, y la oscuridad en las calles casi total.

Entre que mi estabilidad normalmente no es muy buena y que el alumbrado público escaseaba, vine a probar la dureza del empedrado en más de una ocasión. Mi amigo, que se resentía de cierta cortedad de vista, sufría también la ausencia de las aceras al llegar al barrio nuevo del ensanche. Sus sonoros juramentos parecieron celebrar las primeras luces.

Con la claridad del alba arrancó el tren.

Mientras miraba el paisaje y me recreaba en el recuerdo de Isabelle, don Wenceslao sacaba papel y lápiz y permanecía absorto en escribir y tachar con verdadera fruición; supuse que redactaba el mensaje para Tucker.

Una hora más o menos tardamos en llegar a Pórtela. El apeadero quedaba sobre la montaña y había que descender un buen trecho hasta el barrio mariner, que casi nacía en la misma orilla del mar.

La mañana era espléndida. Aún recuerdo con verdadero agrado el singular placer de aquella caminata, arrullados por maizales muy crecidos y con la tentación presente de unas vides cercanas a su esplendor.

Las fincas de recreo rivalizaban en sus jardines. Unas se adornaban con palmeras y araucarias, otras buscaban la sombra de castaños centenarios; en los muros de piedra los macetones de rosas competían en color y hermosura con planteles de heliotropos, camelias y mirtos. Los hórreos de roble con cierre de forja y patas de granito, semejaban desde el camino cofres gigantes guardadores de insospechados tesoros.

Desembocamos, al fin, en una tira de casas grises, atacadas de salitre. Los trajes de pesca y las tiras de carne de pulpo puestas a secar al sol de una ría que nacía allí mismo, hablaban a las claras de la ocupación de los habitantes de Pórtela.

Don Wenceslao dudó unos instantes antes de encaminarse a una de aquellas casas y llamar con autoridad a la puerta.

Nos abrió una mujer de mediana edad que al ver al maestro se echó en sus brazos y se puso a llorar con esa contundencia tan característica de la aldeana gallega. Mi amigo, firme como una estaca y sin saber qué hacer, se dejaba apretujar pacientemente por la desconsolada mujer.

En un gallego salpicado aquí y allá de palabras castellanas trató de contarnos su desgracia.

—¡Mi pobre Rafael, don Wenceslao! ¡Que se me lo han llevado preso...!

—¿Qué dices, mujer? ¿Rafael preso? ¡No es posible!

—Sí, sí, por el maldito asunto de la pesca. Dicen que pescaba con aparejos prohibidos... ¡Ay, mi pobre Rafael! ¡Si es un santo, don Wenceslao! Usted que lo conoce sabe que es un santo... —Y le contó cómo hacía cuatro meses la barca que patroneaba Rafael fue ametrallada por la Marina, con el saldo de un muerto, un herido y la prisión de Rafael, su marido.

El erudito, poco a poco, consiguió calmarla y le prometió que hablaría con el Comandante de Marina para conseguir su puesta en libertad. La mujer, ya más serena, le preguntó qué se le ofrecía por allí y Viñal le explicó que necesitábamos urgentemente entregar una nota al capitán del vapor inglés que llevaba unas semanas rastreando los fondos de la ría.

—Para eso, aunque no esté mi marido, no hace falta que busque a nadie; Bruno le puede llevar. Ahora mismo le llamo —y sin esperar confirmación, salió a la puerta y comenzó a gritar en gallego:

—¡Bruno, hijo, ven enseguida...!

BRUNO

Un minuto después entró Bruno seguido de dos niñas casi iguales. El chico tendría un par de años más que yo y se le veía extraordinariamente despierto. Era delgado, fibroso, con el pelo rubiales cortado al rape, ojos redondos y castaños, y unos dientes grandes y algo desiguales que enseñaba a menudo en una sonrisa que conquistaba.

Las dos pequeñas se llamaban Paula y Berta, y habían salido algo más rubias y coloradas que su hermano mayor.

—¡Bruno, cómo has crecido! Estás hecho un hombre. Sabes, yo fui maestro de tu padre...

¡Otro alumno más! ¡Qué voracidad educativa la de este hombre!

Don Wenceslao hizo las presentaciones. Se convino que, dado que la barca de los Xaneiro no era muy grande, que yo me defendía bien en francés y, sobre todo, que al buen Viftal le horrorizaba navegar, seríamos Bruno y yo los encargados de entregar el mensaje al capitán Tucker.

—Si no entiende la nota le explicas que el señor Verne le invita a tomar el té, hoy a las cuatro, a bordo del *Saint-Michel*, para tratar de un asunto de la máxima importancia. Que te dé la respuesta por escrito...

Sin más, guardé la nota y seguí a Bruno fuera de la casa. Marchamos hacia la playa donde se veían varadas diversas embarcaciones. Bruno llamó a un grupo de chicos que, descalzos, cargaban algas en una de esas carretas de ruedas de madera enteriza, sin llantas, que parecen gemir cuando ruedan.

Subimos los dos a la dorna y la muchacha, de un empujón, nos botó al agua. Bruno maniobró con pericia, la vela atrapó un soplo de brisa mañanera y muy pronto dejábamos a popa el playazo de Pórtela. Un viejo marinero que zurcía calmosamente sus redes nos dedicó un adiós.

Al timón de su velero se veía a Bruno plenamente feliz, sacándole provecho al viento, haciéndole surcar el oscuro mar de la ría con la seguridad de quien conoce todos sus secretos.

Conforme nos alejábamos de tierra se podía gozar aún mejor del panorama de la ensenada de San Simón en toda su belleza. Parecía un lago alpino: montes arbolados de pino y roble, laderas labradas en cuadrículas perfectas, aldeas diminutas, desperdigadas, dotaban a aquel escenario de un encanto natural difícilmente igualable.

Me llamaron la atención unas casitas blancas, medio sumergidas, que a uno y otro lado de la ría ondeaban la bandera española.

—Son fábricas de salazón —me explicó Bruno—. Cuando ponen la bandera es que quieren sardinas; entonces vamos los pescadores y se las vendemos... Al precio que ellos quieren, claro.

Creo que convendría aclarar que mi conocimiento de la lengua gallega no era muy bueno y que lo mismo le ocurría al chico de los Xaneiro con el castellano; pero también he de decir que esto no representaba el más mínimo problema: nos entendíamos perfectamente.

Navegábamos entonces a la altura de la boca de Rande. Allá lejos, pasado a un lado y al otro el caserío de Vigo y Cangas, se vislumbraban las Cíes, los formidables portones de la ría.

Bruno se las quedó mirando:

—Las Cíes... Las dejas atrás y no hay más tierra hasta América. —Endureció el tono cuando dijo—: Una vez se arregle el asunto de mi padre, cojo un barco y me voy para allá.

—¡Estás loco! ¿Qué se te ha perdido en América?

—Nada; pero no me veo toda la vida encerrado en Pórtela mendigando un jornal a las salazoneras, como mi padre...

Por unos momentos me sentí muy identificado con él; mi vida era muy distinta, pero también un puro encierro. La diferencia estaba en que nunca tendría el valor y la decisión de Bruno. No obstante, me salió del alma decirle:

—Si algún día haces eso, avísame, que iré contigo. Nos miramos sonrientes y nos dimos un fuerte apretón de manos. La vida da tantas vueltas que tal vez ese deseo a dos se hiciera felizmente posible... Tuve que abandonar las ensoñaciones porque el objetivo de nuestra travesía estaba ya a un tiro de piedra de la embarcación.

El *Dido* era un vapor de medio tonelaje, aparejado de goleta, aparentemente sin nada especial que reseñar. Amarrada al costado de babor se encontraba una plataforma de madera con una serie de bombas y sistemas de poleas para, respectivamente, oxigenar e izar a los buzos.

Alrededor del *Dido* todo era apacible. Pero después de lo que había escuchado a Bárcena y a don Wenceslao, estaba más que demostrado para mí que, bajo aquellas apariencias de normalidad, se ocultaba un grupo de piratas dispuestos, a toda costa, a apoderarse de los galeones de Rande.

Cuando llegamos al costado del vapor, el busto de un marinero asomó por la borda. Me puse de pie y, agitando la nota, grité:

—¡Para el capitán Tucker!

Se lo repetí en francés, debió de entenderlo porque desapareció y volvió al minuto lanzando una escala de cuerda. Atravesé mi bastón en el cinto y me icé a pulso hasta la cubierta del *Dido*. Una vez allí, y ya con el bastón en la mano, seguí a aquel individuo, que por cierto tenía un aspecto de lo más corriente, hasta el camarote del capitán.

Un momento antes de entrar vi a través del ojo de buey, por un instante pero con una certeza total, cómo Tucker metía en un cofre pequeño un montón de monedas de oro. Cuando penetramos en su cámara apartó discretamente el cofre a un lado, se volvió hacia mí y con voz grave ensayó en castellano un «buenos días, señor» muy cordial.

Le entregué la nota, explicándole en francés que se la traía de parte de *Monsieur Verne*, el famoso escritor.

Desdobló el papel y se dispuso a leerlo. Aproveché para estudiarle.

Debía de tener treinta y tantos años, aunque el cráneo desprovisto de cabellos le confería un aire más maduro. A ello redundaba una barbaza negra y espesa. Era de hombros macizos y, aunque sentado, se podía adivinar que era de estatura más que corriente.

Ciertamente, su aspecto era tal como parece obligado en un auténtico capitán de piratas, pero había algo que rompía con esa imagen feroz: unos ojos grises inteligentes y apacibles.

Tomó un lápiz y escribió unas líneas en un papel. Lo dobló y me dijo en francés:

—A las cuatro en punto estaré en el barco de *Monsieur Verne*.

Y, después, esta vez en castellano:

—Buenos días, señor...

Me dio la mano y la estrechó con fuerza. Mientras, a mí se me escapó una mirada al pequeño cofre de las monedas de oro.

Entre el marinero de antes y Bruno consiguieron depositarme en la dorna, y tras un cambio de saludos pusimos proa a Pórtela.

Le informé a Bruno sobre las monedas de oro de Tucker y me contó lo siguiente:

—No me extraña nada, pues aunque un lanchón de la Marina patrulla todos los días entre Pórtela y los islotes de San Simón, que es la zona de naufragios, cuando llega la noche y cesa la vigilancia, ellos, a escondidas, continúan buscando.

—¿Y la Marina no se entera?

—Sólo tiene sospechas, como los que vivimos por aquí. Todos pensamos que algo sacan de ellos; porque, a veces, después de los barrenazos, despiden a los paisanos que les ayudan a localizar los barcos, y cuando nadie los ve, sus buzos deben de sacar a flote las cosas de más valor.

Tensó un amarre antes de proseguir su relato.

—No sé si sabías, Pepe, que los pescadores de por aquí conocemos perfectamente dónde están los cascos sumergidos, pues debemos sortearlos si no queremos perder los aparejos. Sin ir más lejos, a mi padre lo contrató hace unos años una compañía francesa que anduvo buscando por estas aguas y que llegó a rescatar algunos lingotes de plata. Recibía un jornal por su trabajo de práctico, e igualmente hubo días que le obligaban a alejarse de las plataformas de los buzos... Resumiendo, que Tucker, como los anteriores, algo se lleva a espaldas de las autoridades.

Cada vez veía con mayor claridad que la decisión de don Wenceslao de intervenir en este asunto estaba más que fundada.

El rostro de Bruno adquirió una expresión misteriosa cuando me dijo:

—Como ya hemos cumplido el encargo te voy a enseñar algo que te gustará. Pero júrame que no le dirás nada al maestro ese.

Naturalmente le di mi palabra animado por la promesa de presenciar algo excitante y prohibido.

Dio un golpe de timón y dejó la embarcación orientada a punta Soutelos, el promontorio que, junto al de San Adrián, abre el estrecho de Rande a la ensenada de San Simón.

Era una costa abrupta sin el menor resquicio para realizar un desembarco, pero Bruno maniobró de tal manera que la doma hizo una aproximación perfecta a aquel murallón rocoso, y finalmente quedó varada en una diminuta cala.

Bruno saltó a tierra, amarró un cabo a un oportuno peñasco y, una vez asegurada la barca, me tendió la mano para ayudarme a desembarcar.

Caminamos un trecho por un sendero paralelo al mar antes de llegar a una plataforma rocosa casi cubierta de matorral. Mi guía se detuvo, miró inquisitivamente en todas direcciones y, con la seguridad de que nadie nos

veía, limpió de maleza parte del terreno hasta dejar al descubierto los objetos allí almacenados.

Aquello parecía la cueva de un nuevo Alí Babá. Inundaba la cavidad un olor a salitre, acre y penetrante, por lo que deduje que todas las cosas allí amontonadas habían salido del fondo del mar.

Bruno comentó con humor:

—Estás ante el tesoro de mi padre; ante el tesoro de los Xaneiro...

PIRATAS Y PLAYEROS

Me quedé tan sorprendido que sólo reaccioné cuando Bruno puso el farol a la altura de mis ojos y en tono burlón me dijo:

—¿Es que no te lo crees?

—Sí, si tú lo dices...

—¿Ves todos esos trastos? Pues mi padre los ha ido recogiendo durante años de los cascos de los galeones que estaban a menor profundidad y, guárdame el secreto por lo que más quieras, de lo que los extranjeros se guardaban a escondidas. Así tenía la seguridad de que no irían a las autoridades a declarar la desaparición de algo que ellos mismos habían robado...

Al escuchar esta historia no pude por menos que mirar a mi nuevo amigo con cierta envidia. ¡Qué vida tan diferente a la mía! ¡Y qué padres tan distintos! El suyo por lo que iba sabiendo era un verdadero filibustero; el mío, en cambio, una aburrida persona que se dejaba la vida entre libretas de cuentas e indecisas parroquianas de La Moda Parisiën.

Bruno comenzó a detallarme el tesoro:

—Éstas que ves aquí son maderas valiosísimas. Los casi dos siglos que han permanecido en el fondo de la ría apenas las han dañado. Rascas los «mariscos» y piedrecillas y las puedes utilizar de nuevo. Mira estas piezas; son de caoba, éstas de guayacán, las de allí de palo de campeche...

Casi no le oía prendido en la magia de aquella cueva de las maravillas. Le arrebaté el farol y comencé a revolver en aquel universo salvado de las aguas.

Vi grandes trozos de cañones de bronce; botellas de vidrio que podrían usarse sin el menor reparo; clavos y hebillas de cobre; varios recipientes de barro llenos de cochinilla y otros colorantes en perfecto estado; tazas y platos de cerámica fina milagrosamente intactos. Vi también balas de cañón de muy diferentes grosores, así como metralla de la que servía para barrer la cubierta y cortar la arboladura de los buques.

—Estas tortas llenas de herrumbre tienen buena plata dentro... —Y al ver que intentaba destapar unos cajones, me gritó—: ¡Deja eso! Son cosas de mi padre...

Curioseé en otro lado. En una oquedad vi algo que llamó poderosamente mi atención. Era el varillaje de marfil de un abanico del tamaño que usan las niñas a partir de los doce o trece años. A pesar de las adherencias se distinguían perfectamente los dibujos de flores finamente labrados como si hubiese salido, no hacía mucho, de las manos del artista. Conservaba, además, el mecanismo de cierre, y el varillaje se abría y cerraba sin dificultad.

Bruno, que adivinó mi agrado por aquel objeto, murmuró:

—Llévatelo. Te lo regalo con la única condición de que no se lo enseñes al viejo...

Iba a decir que no, pero no sé por qué me vino al pensamiento la imagen de Isabelle. Le di las gracias y lo guardé en el bolsillo interior de la chaqueta.

Una pregunta me rondaba la cabeza hacía rato.

—¿Y qué sacáis de todo esto, Bruno? ¿Lo vendéis...?

—Sí. Mi padre ha ido recogiendo estas cosas porque dice que la pesca es un trabajo muy sacrificado, que cualquier día te puedes encontrar en el fondo del mar para los restos. Él llama a todo esto la herencia de los Xaneiro; y verdaderamente si no hubiera sido por su previsión no sé qué hubiera sido de la familia estos últimos meses...

Súbitamente me arrancó el farol de la mano y dijo con cierta rudeza:

—Regresemos a casa; pensarán que nos ha ocurrido algo.

Salimos de la cueva, cuya boca volvimos a ocultar con ramaje y repetimos la caminata hasta el diminuto playazo donde reposaba la dorna. Una vez a bordo, Bruno la orientó hacia Pórtela.

Permanecimos callados durante un buen rato, pues el recuerdo de su padre encarcelado había entristecido a mi compañero. Me pareció que debía respetar su silencio y su dolor.

Doblábamos punta Soutelos cuando Bruno abandonó su mutismo.

—Quizá te hayas llevado una impresión muy negra de mi padre, por lo de la cueva; pero, de verdad, te juro que es una persona maravillosa. Lo que ocurre es que procede de una familia un poco especial...

Y comenzó a relatarme una sorprendente historia.

Rafael Xaneiro, su padre, había nacido en una aldea cercana al cabo Finisterre, un nombre que por sí mismo evoca mil leyendas. Finisterre pertenece a esa zona del litoral gallego existente entre los cabos de San

Adrián —La Coruña— y Corrubedo que se ha dado en llamar La Costa de la Muerte.

No está caprichosamente elegido el nombre. A lo largo de más de cien kilómetros se suceden, entre playas hermosísimas de arena blanca, bajíos traidores, promontorios batidos por vientos racheados, y roquedales vencidos por la furia constante del mar que bulle en estos parajes con un poderío casi sobrenatural.

Centenares de navíos jalonan con sus restos la osadía de enfrentarse a tan formidable naturaleza.

—Mi padre cuenta que sus antepasados siempre han vivido del mar; pero no de la pesca, sino de los restos de naufragios que las mareas y corrientes arrojaban sobre las playas... Hace siglos un antepasado suyo, no contento con el botín que el mal tiempo y los bajíos dejaban en las playas, ideó la siguiente estratagema: cuando en las noches de borrasca divisaba alguna embarcación a la deriva buscando amparo en la costa, sacaba a una de sus vacas a recorrer la playa con un farolillo encendido colgando de sus cuernos, que visto desde el mar daba la sensación de ser la luz de posición de algún que otro navío. El capitán ordenaba entonces una aproximación a la costa y, naturalmente, encallaba con la consecuente pérdida de vidas y nave. A continuación salía mi antepasado con sus compinches y se hacían con todo lo de valor que transportaba el barco, dejando a los náufragos a su suerte...

Me veo ahora, en el recuerdo, con la boca abierta, los ojos desorbitados, embriagado por la emoción que el relato de Bruno me producía.

—No creas que mi padre utilizaba métodos tan sucios. Ni mi abuelo... Esperaban a que se produjera un naufragio y que el barco encallado fuera abandonado por sus tripulantes y pasajeros. Entonces, con gran riesgo de sus vidas, se introducían entre los restos. Requería mucho valor por su parte, pues los cascotes arrojados sobre los arrecifes pueden variar su posición debido a un golpe de mar y producir nuevas desgarraduras y aun vuelcos. Y los trabajos de rescate de objetos de valor debían hacerse con rapidez; los más lentos podían acabar en los calabozos, si los carabineros les pescaban en plena faena...

Bruno se ocupó de tensar la vela antes de continuar.

—Cuenta mi padre que los carabineros no eran precisamente sus principales enemigos, sino los «playeros», gente de otras aldeas que se limitaba a esperar que los restos del naufragio llegaran a la playa sin atreverse a ir a buscarlos al navío encallado. Entre «playeros» y «piratas», que es como se conocía a la familia de mi padre y a los de su mismo oficio, se declaró una

verdadera guerra con motivo de encontrarse una gran caja de madera en un arenal. Debió de correr sangre porque la familia de mi padre abandonó para siempre el lugar.

—¿Y qué contenía la caja? ¿Un tesoro?

—No te lo puedes imaginar, Pepe: el cadáver embalsamado de un general inglés...

Nos echamos a reír. Bruno se incorporó para iniciar las maniobras de ataque.

—Acabo ya con la historia. Mi padre y los suyos emigraron al sur y después de dar tumbos de aquí para allá recalaron en Pórtela, donde se transformaron en pescadores, aunque a mi padre, como has podido comprobar, le sale a veces su antigua alma de «pirata»...

Don Wenceslao nos esperaba en la playa y se mostró muy satisfecho con la respuesta de Tucker. Tenía dispuesto concienzudamente todo el plan de la jomada.

—Almorzaremos con los Xaneiro y luego tomaremos el tren para Vigo. Antes de dar aviso al señor Verne pasaremos por la Comandancia para ponernos al tanto de la situación de Rafael. Bruno nos acompañará en esta visita como representante de la familia; su madre ha dado la aprobación...

La comida no fue muy abundante, pero sí grata. Don Wenceslao estaba convencido de que el *Dido* se marcharía y que quizá fuera el momento en que el submarino de su amigo, el industrial Sanjurjo, recibiera el apoyo oficial y pudiera rastrear los fondos de Rande. La curiosidad de Bruno le obligó a describir y hasta dibujar sobre la mesa de la cocina aquella máquina fabulosa. Todos le escuchábamos entre maravillados e incrédulos.

A los postres, Paula y Berta obligaron a vestirse a Bruno con sus mejores galas, que resultaron ser una camisa y unos pantalones de su padre, no precisamente de última moda, y que además le quedaban sobrados.

Para evitarnos la caminata de subida al apeadero de Pórtela, Bruno limpió de algas el carro triangular, le unció un soñoliento buey y nos acomodó lo mejor posible.

Con chirridos que semejaban aves, el carro se puso en movimiento. Por un rato las niñas nos siguieron entre risas y juegos.

LA CARTA

—Dígale al brigadier don Miguel Vázquez de Freire que don Wenceslao Viñal, su antiguo maestro, necesita hablar con él urgentemente.

¿Otro alumno más? Las relaciones pedagógicas de este hombre no conocían límites...

Vázquez de Freire nos recibió enseguida. A pesar de su aspecto de pope ruso, saludó cariñosamente a don Wenceslao. Éste, sin más preámbulos, pasó a interrogarle sobre el asunto del *Dido*, y el brigadier le confirmó punto por punto lo que Bárcena nos había notificado.

En cuanto a la prisión de Xaneiro, el marino nos dijo que hasta que no se resolviera el sumario, Rafael permanecería recluido en la goleta *Prosperidad*.

Bruno lo miró con tal desesperanza que debió comprender que se trataba de un familiar.

—Lo siento de veras, muchacho, pero así están las cosas. Te mentiría si...

Don Wenceslao no le dejó terminar.

—¿Sabes qué te digo, Vázquez? Pues que en cualquier país que no fuese esta desgraciada España, al cabo del tiempo transcurrido este asunto ya estaría más que resuelto. Se habrían depurado las responsabilidades, castigado al patrón o castigados los marinos de guerra e indemnizadas las familias...

—Se ha abierto un sumario, querido maestro...

—Sí, en efecto, se ha abierto un sumario; pero, por lo que veo, no lleva trazas de cerrarse. —Quizá porque el caso traería grandes responsabilidades para los marinos de guerra—; pues, por absurdo que parezca, sois en este caso juez y parte, es decir, causantes del hecho denunciado y juzgadores de lo ocurrido. Pero la Marina... ¡Ah, la Marina, quiere ser absoluta en el mar!, como si las leyes no se proclamaran para uso de todos...

Vázquez de Freire le contestó en un tono sumamente respetuoso.

—Querido maestro, todo ha sido un cúmulo de circunstancias desgraciadas. Un lamentable accidente. Pero antes se había violado la ley; no

lo olvide, don Wenceslao.

—¿Se ha violado la ley! ¿Pero qué ley? Si lo más absurdo de este asunto es que nada hay decidido por los peritos en la materia, si tales o cuales artes de pesca son más o menos conveniente. Si el *xeito*, por ejemplo, es mejor que el *bolicho*, o si la *traíña* debe proscribirse.

»Tras estos diversos aparejos no hay, no, una cuestión de exterminio de la especie; lo que hay es la lucha eterna entre el gran capital y el pequeño capital, entre ricos y pobres, entre el fabricante de salazón, el fomentador como aquí lo llamamos, que posee grandes aparejos y envía sus barcos a la mar pagando a sus tripulantes un pequeño jornal y el pescador que por su cuenta, tal como mi amigo Xaneiro, larga el aparejo y ofrece después la pesca al fabricante al precio que pueden ajustar. En fin, todo esto lo debías saber tan bien como yo, si es que te han preocupado alguna vez estas cosas.

El brigadier perdía su flema por momentos, y yo no sabía cómo hacerle entender a don Wenceslao que molestar al marino no era el mejor camino para arrancarle algún favor. Pero cuando mi amigo se encolerizaba perdía la medida de sus razonamientos y echaba al traste la exquisita educación de la que tanta gala hacía.

Por fortuna Vázquez de Freire no quería polemizar y para dar por terminado el asunto le hizo ver que la única actitud razonable era dirigirse por escrito al Ministerio, redactando un pliego de descargo que pudiera completar la información del sumario.

Mi amigo cogió al vuelo la sugerencia del marino.

—Bien, pues no perdamos más tiempo. Pepe, toma papel y pluma...

Miré al brigadier como solicitando su aprobación; con un gesto de cabeza me indicó su escritorio. Luego pretextó unos asuntos urgentes para dejarnos solos.

—¿Preparado? Escribe pues: Al Excmo. Sr. Ministro de Marina...

—¿Al señor ministro, don Wenceslao? —preguntó Bruno asustado.

—Sí, hijo, ya lo dice el refrán: a grandes males, grandes remedios. Bien, comencemos.

Y engolando la voz a la manera de un mal actor, comenzó a dictarme:

Al Excelentísimo Señor Ministro de Marina.

Mi general: Si hasta el Olimpo marítimo de cuerpos técnicos y proyectos de reorganización de nuestra Armada pueden llegar los dolientes ayes del que sufre, dígnese Vuestra Excelencia oírme por un momento. Recordará sin duda alguna que Galicia forma parte de España, y que en este llamado país

de las rías hay una, la de Vigo, tan admirada por los de fuera como ignorada por los propios, pues sólo por razón de olvido puede vivirse aquí sin muelles, ni obra de puerto ni elementos de defensa de la ría, y pueden también las leyes y ordenanzas del mar cumplirse o no cumplirse a voluntad de los encargados de aplicarlas.

Cuatro largos meses han pasado desde que un bote de la goleta de guerra Prosperidad, persiguiendo en la noche del 12 al 13 de febrero en aguas de las islas Cíes a una lancha pescadora del vecino pueblo de Pórtela, hizo varias descargas sobre ella por creer que usaba aparejos prohibidos, matando a un marinero e hiriendo gravemente a otro. Desde entonces el patrón de esa lancha está preso a bordo de la goleta, el muerto se ha enterrado, el herido ha tenido que sufrir la amputación de un brazo, y las familias de ambos, así como la del patrón encarcelado, están en la miseria privadas del auxilio de aquellos que les procuraban el sustento...

—Hace un par de noches pasó lo mismo con una de Cangas, don Wenceslao. Por suerte sin víctimas —le interrumpió Bruno.

Vinal lo miró entre molesto e incrédulo por el hecho de haberse atrevido a estorbar una actuación que, consideraba, debía ser seguida en el más respetuoso silencio. Cerró los ojos de forma ostensible y prosiguió:

Anteanoche se repitió la escena de tiros entre un bote de la Prosperidad y una lancha de Cangas, por fortuna sin consecuencias desgraciadas. Pero, de seguir así las cosas, cada noche la ría se convertirá en campo de batalla entre marinos y pescadores con la triste secuela de tan lamentables encuentros.

¿Es cosa que estas cuestiones se resuelvan a balazos por la Marina de guerra? Creo que otro más noble y levantado es su destino. Por eso, si los arduos problemas de la guerra marítima a los que Vuestra Excelencia vive consagrado, le dejan tiempo para ocuparse en estos que parecen pequeñeces, y que no lo son, sírvase dictar medidas para remediar estos males, recomendando la terminación del sumario y el castigo a los culpables.

Estas pequeñas injusticias, repetidas un día y otro, realizadas con alarde de fuerza y no corregidas por las autoridades superiores al dejarlas sin explicación ni censura, llevan en sí germen de amargos frutos. Recaen sobre gente ignorante cuyo único sustento proviene del mar, y privarles del mar es condenarles a muerte.

No olvide Vuestra Excelencia que aquí encaja de maravilla aquel pensamiento de Bécquer: «Las penas pequeñas son las que hacen daño».

A la orden de Vuestra Excelencia, mi general.

—Y pon mi nombre y la fecha de hoy...

Una vez finalizada la carta esperamos la vuelta del brigadier para entregársela. La recibió en silencio y en presencia nuestra la introdujo en un sobre que selló personalmente.

A pesar de que las palabras eran las correctas para una despedida, el ambiente era mucho menos distendido que a la llegada. La salida a la calle creo que nos tranquilizó a todos. Sin mediar comentario alguno, nos encaminamos hacia el puerto.

La ciudad vivía sus fiestas. Desde la Comandancia al puerto nos tropezamos con diversas comparsas de gigantes y cabezudos, seguidos de feliz chiquillería. En las calles principales los vecinos se afanaban en el adorno de miradores y balcones, con el fin de solemnizar la procesión del Santo Cristo de la Victoria, que tendría lugar esa misma tarde.

El puerto bullía de paisanos y forasteros que consumían en apacible paseo familiar las horas previas al festejo religioso de la tarde y a la gran verbena nocturna en el monte de El Castro, que cerraría con los fuegos artificiales la gran jornada conmemorativa.

Abriéndonos paso hacia el muelle de madera casi nos tropezamos con una pareja inconfundible: los comerciantes catalanes, nuestros compañeros de viaje desde Pontevedra.

Don Wenceslao se detuvo a saludarlos. Pero en ese mismo momento debió de ocurrírsele una idea feliz, porque pasó a contarles atropelladamente la historia de la prisión de Xaneiro. Terminó por pedirles, exigirles más bien, que dieran trabajo a Bruno en su recién heredada salazonera.

Los buenos señores se miraron, intuyeron que no tenían escapatoria y dijeron al arqueólogo:

—De acuerdo, señor Viñal, eso está hecho...

—Que el próximo lunes se pase el chico por la fábrica...

- le explicaron a Bruno dónde estaba. Éste quiso hablar, pero don Wenceslao lo miró de una forma aterradora. Solamente cuando los catalanes se hubieron alejado le permitió expresarse.

—Pero, don Wenceslao, ¡cómo voy a trabajar allí! ¿No comprende que por culpa de las salazoneras mi padre está preso?

—Bruno, no se hable más. Ahora tú eres el cabeza de familia y debes conseguir dinero de donde sea. Piensa en tu madre y tus hermanas, y el lunes te sentirás feliz en el trabajo. Y ya está bien. Vamos al muelle de una vez...

- comenzó a trastabillarse con los tablones del espigón.

UNA AVENTURA PASADA POR AGUA

El *Saint-Michel* estaba anclado fuera del muelle, por lo que era preciso procurarse una embarcación para abordarlo. Bruno no dudó un momento en acercarse a la lonja, hablar con un viejo amigo de su padre y lograr que nos dejaran un pequeño bote.

A golpe de remos nos acercamos al barco en el que flameaba el guión tricolor con estrella blanca del Yacht Club de Francia. El fuerte sol de junio hacía relucir su casco, negro, pulido. Aún con el velamen recogido, el *Saint-Michel* presentaba, ciertamente, una hermosa silueta.

Muy pronto alcanzamos el navío y maniobramos hasta situarnos junto a la escala que colgaba de la amura de estribor.

Don Wenceslao, impaciente, estuvo a punto de probar el sabor del mar tras fallar en su primer intento de asirse a la escala. Pero recuperó el equilibrio y tras inverosímiles posturas accedió a cubierta.

Mientras esperábamos sus órdenes, Bruno no cesaba de otear a través de los cientos de mástiles que convertían la rada de Vigo en un bosque ondulante.

—Mira, allí está mi padre... —y señaló una goleta de guerra que se balanceaba con una placidez bien ajena al sentimiento pesaroso de Bruno.

En ese momento apareció por la borda la cabeza de Vinal.

—Volved al muelle. Cuando veáis que sube Tucker, esperáis una hora y volvéis a buscarme.

Cuando llevábamos recorrido medio trecho vimos que el *Dido* se hacía visible tras el promontorio de la Guía.

De común acuerdo y sin mediar palabra, cesamos de remar y nos dedicamos a presenciar la maniobra de aproximación del buque inglés.

Bruno comentó:

—Está visto que el capitán Tucker es un hombre desconfiado. En lugar de venir él solo en tren, se ha traído toda su banda; por si acaso...

Entretanto, el *Dido* se había aproximado al *yacht* del novelista. Paradas las máquinas arriaron un bote en el que distinguimos al capitán inglés y a dos marineros.

Bogaron hasta el *Saint-Michel* y Tucker se encaramó ágilmente a cubierta. Sus marineros, una vez amarrado el bote, encendieron sus pipas y se acomodaron para lo que podía ser una larga espera. Los que quedaron en el *Dido* se agruparon en la amura del buque que tenía vistas sobre él y *achí* y pronto se les pudo observar en animada conversación.

Fue en ese mismo momento cuando se me ocurrió una descabellada idea.

—Si alguien se metiera ahora en la cámara del capitán, no tendría ningún problema para hacerse con el cofre de oro. Se haría con la prueba de que Tucker ha venido a robar el tesoro de los galeones...

Bruno me miró con un punto de sorpresa en los ojos. Poco a poco su rostro adquirió un aire de sonriente complicidad. Continué desarrollando el plan:

—Ese alguien debería ser un buen buceador para acercarse al vapor sin ser visto; lo suficientemente ágil como para escalar el casco y silencioso y rápido para hacerse con ese cofre sin que nadie de la tripulación se enterase...

Bruno cortó mi explicación a la vez que se reincorporaba:

—En efecto, se necesitaría no un «playero» cualquiera, sino un auténtico «pirata»; en fin, y sin ir más lejos, alguien como yo...

Y con la más absoluta seguridad en lo que hacía comenzó a despojarse de la camisa y las alpargatas. Al verlo me entró un cierto remordimiento que me forzó a sujetarle por un brazo y decirle:

—¿Dónde vas, loco?, estaba hablando en broma...

—No te preocupes, Pepe, que no hay peligro; puedo subir y bajar en un santiamén. Sólo tienes que explicarme con detalle dónde está la cámara del capitán y cómo es el cofre que viste.

—Pero...

—Además, Pepe, tu conciencia no tiene por qué temer; ya lo dice el refrán: el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón...

No insistí más; tomé los remos y bogueé hasta el costado del *Dido*. Aparentemente nadie reparó en nosotros.

Toda la tripulación seguía pendiente del otro navio, de espaldas a nosotros.

Bruno me guiñó un ojo y se dejó caer al agua suavemente. El corazón comenzó a latirme a una velocidad endiablada.

Segundos después su cabeza asomaba junto a los eslabones de la cadena del ancla. Miró arriba un instante y se izó a pulso.

No debió llegar a un minuto el tiempo que Bruno dedicó a la misión recuperadora; pero, lo que son las cosas, me pareció que se demoraba una eternidad.

Por fin su pelado cráneo asomó por la borda y con un rápido gesto me mostró el cofre. ¡Gracias al cielo todo había resultado bien!

Pero en el momento que pasaba un pie por la amura a fin de alcanzar la cadena del ancla, su rostro cambió de expresión y con una mueca desoladora susurró:

—¡Viene alguien! ¡Toma...!

Y me lanzó en una parábola perfecta el dichoso cofre.

El envío de Bruno fue oportuno; pero se mire por donde se mire, demasiado para mis fuerzas.

Me puse de pie —sin bastón, dadas las prisas—, y entre el balanceo del bote y el fuerte impacto del cofre al intentar atraparlo contra el pecho, di con el cuerpo en las aguas.

La verdad es que yo no sabía nadar, así que instintivamente solté el objeto de nuestras desdichas y me puse a bracear y patear con todas mis fuerzas.

Cuando logré sacar la cabeza y renovar el oxígeno de los pulmones, Bruno con un par de brazadas me estaba dando alcance.

Me sujetó por el cuello de la chaqueta y tiró de mí hasta el bote. Primero subió él y luego me izó con todas sus fuerzas hasta conseguir depositarme en el fondo de la embarcación, exhausto, muerto de miedo y con un acceso de tos en toda regla.

Cuando pude levantar la cabeza me llamó la atención unas risotadas: apoyados en la borda de babor los marineros del *Dido* pasaban un rato de jolgorio a nuestra costa.

Ni siquiera me dio rabia su actitud. Supongo que con una cara de infinita tristeza, miré a Bruno y luego, significativamente, a las aguas cercanas.

Sí, gracias a mi torpeza, el tesoro del capitán Nemo se encontraba ahora en el fondo del mar.

Me tanteé los bolsillos, por lo menos el abanico de marfil no lo había perdido.

El alboroto que causamos fue de tal calibre que de todas las embarcaciones de alrededor nos llegaron ofertas de ayuda. Y naturalmente en el *Saint-Michel* también se apercibieron de lo que todo el mundo pensó que era un desgraciado accidente.

La voz de Wenceslao se alzó sobre el alborozo general:

—¡Por las benditas ánimas! ¿Qué habéis hecho...? ¡Venid aquí enseguida, malandrines!

Obedecimos al arqueólogo y bogamos hacia el buque francés. Atracamos junto a la escala y una docena de brazos tiraron de nosotros.

Yo, desde luego, agradecí la ayuda, porque de resultas de todo aquel lío había perdido mi imprescindible bastón.

Un señor muy amable que, por cierto se parecía mucho físicamente a Julio Veme, nos sirvió de guía hasta una cámara, donde pudimos despojarnos de las ropas mojadas y vestimos con sencillas prendas manneras.

Cuando salimos a cubierta don Wenceslao nos recibió con una regañina de las que sus antiguos alumnos debieron sufrir un día sí y otro también.

—Pero ¿se puede saber qué habéis hecho para caer de esa forma al agua? ¿Es que estáis tontos? Aún entiendo que le haya sucedido a Pepe —la sinceridad del arqueólogo no excluía a nadie—, pero a ti, Bruno, que casi te parieron en la mar...

—Es que verá, don Wenceslao... —intenté explicar lo inexplicable.

—Ahora no tengo tiempo de escuchar bobadas. Cuando se hayan secado vuestras ropas me avisáis y nos vamos. ¡Demonios condenados! Estos chicos...

Y se marchó hacia la toldilla de popa donde se veía a Julio Veme, al capitán Tucker y otros personajes en animada conversación.

Fuimos a proa a tender nuestras prendas y casi tropecé —no tenía bastón — con un grupo de personas; eran cinco exactamente, pero yo sólo tuve ojos para una de ellas: Isabelle.

Vestía de blanco como en la velada de la víspera. Cubría la cabeza con un amplio sombrero de paja adornado de cintas y flores de papel azules y blancas. No es necesario apuntar que la encontré maravillosa.

Permanecí estático, sin reaccionar. La verdad es que no era fácil quedar airoso vestido de aquella guisa y con los calzoncillos en la mano.

Como siempre, fue Isabelle la que rompió el hielo.

—Mamá, te voy a presentar a Pepe Varela; nos conocimos anoche en el baile... —hizo una pausa que aproveché para inclinar educadamente la cabeza ante aquel tomo en folio de señora y de paso ocultar a mis espaldas la prenda interior. La chica prosiguió—: Pepe, este señor es Paul Verne, el hermano de *Monsieur* Julio; y éstos son Jules Hetzel y Maurice Verne, hijo de *Monsieur* Paul...

Respiré hondo y balbuceé en francés:

—Mi amigo Bruno Xaneiro. Hemos tenido un pequeño accidente en el bote...

No continué la explicación porque me fastidió la sonrisita de superioridad de Maurice, un chico poco mayor que yo y que tenía aires de creerse el más guapo y el más listo del mundo.

Intervino Paul Verne, todo afabilidad:

—Estaba enseñando el *yacht* a las señoras; si desean acompañarnos...

Dije que sí, y tras colgar la ropa de la botavara nos unimos al grupo.

ROBINSÓN VERNE

Paul Verne hizo una descripción del navío.

—A pesar de sus pequeñas dimensiones que, a primera vista, parecen impedir largas singladuras, el *Saint-Michel* reúne una solidez a toda prueba y posee notables cualidades náuticas que le permiten, en caso necesario, afrontar el mal tiempo y salir del apuro. Fue construido en Nantes, hace dos años, tiene treinta y tres metros de eslora y desplaza treinta y ocho toneladas...

Las últimas cifras las recuerdo vagamente porque sólo tenía ojos para Isabelle. De vez en cuando ella me miraba y yo le procuraba corresponder con una sonrisa que generalmente se quedaba en una mueca estúpida.

Isabelle, que según me contó más tarde acompañaba muchas veces a su padre a navegar por la ría en un pequeño velero de su propiedad, era la más interesada de los visitantes en conocer los detalles marineros del *yacht*.

—El *Saint-Michel* —le explicó Paul Verne— es un buque de hierro aparejado de goleta con cinco mamparos estancos, al cual su máquina de cien caballos efectivos puede imprimir una velocidad de nueve a nueve y medio nudos. Bien, esta velocidad es aún posible aumentarla a diez nudos y medio con la cooperación del velamen, que es muy importante, y permite transformar el *yacht* en barco de vela desmontando la hélice. En estas condiciones el *Saint-Michel* aún alcanza, con una buena brisa, una marcha de siete a ocho nudos, pudiendo hacer muy buen papel como velero, en el caso de ocurrir averías en su máquina. En cuanto a la distribución interior del *yacht*... ¿Me siguen, por favor?

Uno tras otro, el grupo inició el descenso por la escalera que arrancaba junto a la base de la chimenea. Isabelle se dio cuenta de mis dificultades al caminar sin bastón y con esa dulzura tan suya me ofreció su quitasol.

—Creo que te puede servir...

No supe qué responder dada mi cortedad habitual para estas situaciones. Así que no dije nada, tomé su sombrilla y descendí bajo cubierta.

Cuando estuvimos todos, Paul Verne continuó:

—Además de este salón, en popa hay una cámara de criados y un gabinete de servicio. De este salón revestido de caoba, cuyos divanes pueden convertirse en lechos, se pasa al dormitorio —así lo hicimos— amueblado con estas dos camas..., tocadores..., armario y esta mesa de encina blanca.

Isabelle y yo nos inclinamos a la vez para comprobar la suavidad de la madera. Por segundos nuestros dedos se rozaron y su cabello largo y con las puntas rizadas cosquilleó mi mejilla.

El tiempo se detuvo por unos momentos maravillosos. Noté que me ponía colorado y tuve que volver el rostro para que ni ella ni nadie lo advirtiera.

La madre de Isabelle, en un excelente francés, preguntó:

—¿Trabaja en esta mesa su hermano Jules, *Monsieur Verne*?

—No, no. ¡Nunca! La gente cree que trabaja a bordo, pero no es cierto. Descansa y se repone durante algunos meses, pues, aunque mi hermano es un trabajador infatigable, concluye algunas veces por rendirse. El reposo le es entonces indispensable y en ninguna parte lo encuentra tan completo como en su *yacht* en medio de las agitaciones del mar. Añadiré —continuó sonriente— que es un sólido marinero a quien el mareo le es desconocido, y durmiente imperturbable, haga el tiempo que haga; y es, sobre todo, un camarada muy alegre y amable. Pero ya no sigo porque podrían acusarme ustedes de parcialidad con toda la razón...

Todos disculpamos educadamente el fervor por su hermano, y Paul pudo concluir con la descripción del navío.

—En la proa, el comedor está comunicado por una escalera de caracol que baja entre la cámara del capitán y la despensa, y que termina en la cocina. Más allá se encuentra el cuarto de equipajes y la estancia para los nueve miembros de la tripulación... Por último, están la máquina y las calderas que ocupan la parte más ancha del centro del buque.

Así terminaron las explicaciones y todos subimos a cubierta. La tertulia alrededor del novelista proseguía animada y allá se dirigieron las mujeres y los jóvenes franceses.

Nosotros dos nos rezagamos prudentemente. Paul Verne se dio cuenta y me preguntó:

—Cómo, ¿no conocen personalmente a mi hermano? Vengan conmigo y se lo presentaré.

Nunca en mi vida conocí mejor anfitrión.

—Jules, estos jóvenes son Pepe y Bruno, nuestros simpáticos náufragos...

Julio Verne me pareció el más amable y sencillo de los hombres. Desde el principio me cautivó su personalidad como ya me tenía seducida su obra casi desde que aprendí a leer.

El novelista se expresaba con naturalidad y tenía una conversación amena y simpática, que contrastaba con lo que había oído contar sobre el divismo con que se envuelven casi todos los escritores algo conocidos en Francia.

Bruno y yo ocupamos un discreto rincón. Isabelle se acomodó en un taburete que le aproximó Maurice, demasiado pendiente de la chica para mi gusto, y su madre ocupó la silla que le cedió gentilmente el capitán Tucker. El gesto me confirmó que el supuesto pirata era un verdadero caballero.

Don Wenceslao, por su parte, nos ignoró.

El novelista pidió té caliente para nosotros y rogó que le relatáramos el percance. Le expliqué que en realidad no había sido nada, solamente un accidente fortuito que gracias a Bruno no había terminado en tragedia.

Las imágenes de nuestro naufragio avivaron en el escritor viejos recuerdos. Nos dijo sonriendo que también él fue náufrago una vez y que recordaba aquel pasaje como uno de los más estimulantes de su vida.

Isabelle y su madre, haciéndose portavoces del deseo de todos los presentes, pidieron al escritor que relatará tan singular experiencia. Verne se hizo de rogar, pero al final accedió al deseo de las damas, no sin antes advertir que para situar la historia debería retroceder a unos tiempos, los de su infancia, ya muy lejanos.

—No tendría aún ni diez años cuando mi padre compró una propiedad a un extremo de Nantes, en Chantenay, ¡qué nombre tan bonito! Estaba situada en una colina que domina la margen derecha del Loira. Desde mi pequeña habitación veía el río correr sobre una extensión de dos o tres leguas, entre las praderas que inunda en sus grandes crecidas durante el invierno. En verano descendía el caudal y de su lecho emergían bandas de una bonita arena amarilla, ¡todo un archipiélago de islotes cambiantes! Los navíos seguían, no sin dificultad, estos estrechos pasos, balizados con pilotes negruzcos que todavía veo...

»A1 ver pasar tantos navíos, la necesidad de navegar me atormentaba. Conocía ya los términos marineros y comprendía suficientemente las maniobras como para poder seguir las en las novelas de Fenimore Cooper. Con el ojo en la lente de un pequeño telescopio, observaba los navíos prestos a zarpar, tensando sus focos e izando sus cangrejas, cargando detrás, después delante...

El escritor relataba sus recuerdos con tal pasión, con tal carga de afecto, que creo que hasta el mismísimo don Wenceslao olvidó por un rato el asunto que nos había traído a bordo del *Saint-Michel*.

Nos sirvieron el té, que agradecí porque me había quedado destemplado después del chapuzón. Cuando se fue el camarero, Julio Verne retomó el hilo del relato:

—Un día estaba yo solo en una vieja canoa sin quilla. A dos leguas de camino de Chantenay, un remache cede, se declara una vía de agua. Estoy en apuros. La canoa se va a pique y no tengo tiempo más que para desembarazarme de ella sobre un islote con grandes y espesas cañas cuyos penachos doblaba el viento.

»Sobre el islote yo era el héroe de Daniel Defoe. Él se encarnaba en mi persona. El hombre que se encuentra un día la marca de un pie sobre la arena. Ya soñaba con construirme una cabaña de ramajes, en fabricar un sedal con una caña y anzuelos con las espinas, en procurarme fuego como los salvajes, frotando trozos de madera seca uno contra otro. ¿Señales?, no haría, porque serían vistas demasiado pronto y sería salvado antes de lo que yo quería. Y ante todo convenía calmar el hambre. ¿Cómo? Mis provisiones habían sido consumidas durante el viaje. ¿Iría a la caza de pájaros? No tenía ni perro ni fusil. ¿Y los mariscos?... No había. Por fin conocía las angustias del abandono, los horrores de la desnudez en una isla desierta, como los habían conocido los Selkirks y los personajes de los naufragios célebres que no eran en absoluto robinsones imaginarios... Mi estómago se quejaba...

»Esto no duró más que algunas horas y en cuanto bajó la marca no tuve más que atravesar con el agua hasta los tobillos para ganar lo que yo llamaba el continente, es decir la margen derecha del Loira. Y volví tranquilamente a casa, donde me tuve que contentar con la cena de familia en lugar de la comida “a lo Crusoe” que había soñado: los mariscos crudos, una loncha de pécarí y pan hecho con harina de mandioca...

»Así fue esta accidentada navegación con viento en contra, vía de agua, navío desamparado; todo lo que podía desear un náufrago de mi edad.

Al terminar su relato nos miró sonriendo como dándonos a entender su solidaridad de «robinson».

El novelista debía de encontrarse a gusto en medio de tanta juventud — Isabelle, Maurice, Jules Hetzel, nosotros—, pues siguió desgranando recuerdos de infancia. Habló de la camaradería que desde siempre compartió con Paul, un año menor; de sus estudios en el seminario de Saint-Donatien; de los descubrimientos apasionantes que los dos hermanos vivían en el desván de

los abuelos maternos donde revolvían en la exótica correspondencia de sus antepasados armadores, que disparaba la fantasía de los pequeños Verne hacia viajes y horizontes remotos.

¡Qué diferencia con el ambiente autoritario de su casa! Allí el abogado Pierre Verne no admitió oposiciones a sus criterios: su hijo mayor estudiaría Derecho y heredaría su renombrado bufete.

—Era un hombre extremadamente pío y absolutamente católico. Me sentía cohibido en su presencia...

Luego tuvo palabras para el primer amor, su prima Carolina Tronson. Confesó que cada vez que la veía:

—Parecía como si me hubiera tragado un hueso de melocotón y lo tuviese ahí en la garganta sin subir ni bajar.

Todos rieron el comentario menos yo. Porque a mí con Isabelle me ocurría lo mismo y he de reconocer que también lo pasaba muy mal.

Nos explicó que su amor por Carolina se hizo obsesivo. La muchacha era una perfecta coqueta, y para conquistarla, a aquel Julio Verne de once años no se le ocurrió otra cosa que embarcarse de polizón en un buque que zarpaba rumbo a la India y traer a su amor un collar de coral que la deslumbrase. Pero en el último momento, su padre consiguió encontrarle. El susto familiar había sido muy grande y el castigo fue de ese tenor. Ante toda la familia, Pierre Verne le azotó y le hizo jurar solemnemente que desde ese instante no viajaría más que con la imaginación.

El rostro de Julio Verne se había entristecido con tan doloroso recuerdo y todos los presentes guardamos un respetuoso silencio.

El capitán Tucker fue el primero que se atrevió a intervenir, con una pregunta que parecía obligada.

—¿Y cómo es posible, *Monsieur Verne*, que con semejante ambiente en contra llegara a ser escritor?

Julio Verne le contestó que al ir a París a estudiar Leyes, entró en contacto de una forma casi natural con los círculos literarios de la ciudad. Frecuentar aquellas animadas tertulias y no tomar la pluma era una decisión superior a cualquier joven con ilusiones.

Una visita imprevista vino a truncar aquel rato de intimidad. Tres periodistas de un diario vigués subieron a bordo para saludar al famoso novelista.

Pensé que don Wenceslao aprovecharía la interrupción para darnos la orden de partida, y, en efecto, así fue. Se acercó para comunicarme:

—Cambios de ropa que ya no pintamos nada aquí: ha sido imposible torcer la voluntad de ese pirata. Ni los buenos oficios de *Monsieur* Verne le han conmovido un ápice... ¡Condenado filibustero! Pepe, volvemos a casa...

UNA NOTICIA SORPRENDENTE

Un par de semanas después de estos sucesos ayudaba a mis padres a realizar el arqueo de caja cuando retembló la cristalera de entrada de La Moda Parisián y don Wenceslao Viñal hizo una de sus espectaculares entradas.

Debía de haber venido a la carrera porque traía el cabello en completo desorden y las lentes colgaban peligrosamente de una oreja nada más. Pero a pesar del lamentable aspecto, el rostro de mi amigo resplandecía de felicidad.

—¡Señora! ¡Don José! ¡Muy buenas tardes! Pepe, mira esto...

Y arrojó un par de periódicos sobre el mostrador.

Uno de ellos era *El Faro de Vigo*, y alertado por un recuadro en lápiz rojo leí la siguiente noticia:

El martes por la tarde abandonó definitivamente la ría de Vigo el vapor inglés *Dido*, dedicado a reconocer con una compañía de buzos el fondo de las aguas de Rande, donde en 1702 se sumergieron 23 naves y parte de los dos mil millones que éstas conducían de América con destino a Cádiz. Nosotros recordamos en el curso de veinte años cuatro distintas compañías que, unas después de otras, han obtenido concesión para salvar esos tesoros, y después de llevar trabajando años completos, abandonaron Vigo protestando no conseguir resultados. Si esto fuera cierto, ¿vendrían otras nuevas compañías a probar fortuna? El *Dido* hace algún tiempo que trabajaba en Rande, entreteniéndose durante mes y medio, lo menos, en reconocer y registrar once galeones de los enterrados en el fango.

Ahora, una de dos: o la ambición humana es incansable o en el fondo de todo esto hay un estímulo y recompensa...

—¡Tucker, el pirata, se ha rendido! —Don Wenceslao, eufórico, me obsequió con el mayor abrazo de su vida.

Mientras el arqueólogo daba explicaciones a mis padres, atónitos por nuestro extraño proceder, pensé que era el momento de sincerarme con mi amigo.

Pedí permiso a mis padres para celebrar el feliz final de todo aquel embrollo; recogí los periódicos del mostrador e invité a don Wenceslao a salir de la tienda.

La plaza de la Herrería vivía en esos momentos el ajetreo del cierre de comercios y el inicio del paseo familiar de muchos pontevedreses.

El sol ya se ocultaba. Solamente algunos de sus rayos rezagados acertaban a iluminar las torres barrocas de la cercana iglesia de la Peregrina.

Nos encaminamos al quiosco de la Alameda. A pesar de que el andar me relajaba, no podía aguantar con «aquello» dentro. Así que detuve a mi compañero y casi sin atreverme a mirarle a los ojos dije:

—Don Wenceslao: he de confesarle algo muy serio...

Y le narré cómo fue la sustracción por parte de Bruno —a instancias mías— del cofre del capitán Tucker, y de cuyo húmedo final había sido testigo. Le confesé que no se lo había contado antes porque el trato de Tucker a bordo del *Saint-Michel* me pareció el de un perfecto caballero, y llegué a dudar de que el oro del cofre fuera producto del robo a los galeones.

—Bien, si ahora se ha marchado —comentó despaciosamente el arqueólogo—, quiere decir que ha echado en falta el cofre, ha relacionado su desaparición con vuestra caída al agua y ha puesto millas por medio antes de que este asunto le estallase bajo las barbas, ¿no te parece?

—Eso mismo pienso yo, don Wenceslao. —Y ensayé una sonrisa.

—¡Demonios condenados! ¡Lo que han armado esta pareja de tunantes...! Pero los ojos chispeantes desmentían el cariz reprensible de sus palabras.

Continuamos el paseo hacia la Alameda. Nos acomodamos en un merendero y pedimos dos limonadas.

Durante unos minutos no abrí la boca: recordar el asalto al *Dido* me había ocupado la mente de muy diversos recuerdos.

La despedida de Isabelle...

Debió de ser una hora aproximada a la actual. Mientras don Wenceslao se despedía de los Verne, del cónsul de Francia y señora, e intentaba por última vez convencer a Tucker de que cancelara sus agresivos métodos arqueológicos, busqué a Isabelle e hice ademán de devolverle la sombrilla.

Me detuvo sujetándome la mano:

—No, Pepe; llévatela a casa. Te será útil en el viaje. Ya me la devolverás cuando nos veamos. —Y añadió mientras me daba un beso muy rápido—: Espero que sea muy pronto. Escíbeme...

Y me dio su dirección en un papelito doblado.

Por un momento me sentí un héroe de novelas de caballerías. Pero sólo fue un momento; porque al separarme de Isabelle, tropecé con una cornamusa y di con mis narices en cubierta. Había vuelto a ser el de siempre... Sonreí con cierta amargura al recordarlo.

Don Wenceslao lo observó y me dijo:

—Seguro que estás pensando lo mismo que yo: cómo recuperar el cofre del capitán Tucker y descubrir de una vez su secreto.

—Sí, claro; en eso pensaba...

—Bien, creo que debemos volver a Vigo cuanto antes. ¿Recuerdas a mi amigo Sanjurjo, el inventor? Es posible que tenga su máquina a punto y nos permita rastrear el fondo de la ría. Le escribiré...

Mi amigo estaba de excelente humor. A mí, en cambio, los recuerdos me ahogaban en una difusa morriña: Isabelle, Bruno, todo lo que el *Saint-Michel* significaba... Tras las aventuras de Vigo, la vida en casa transcurría con una monotonía desesperante.

Mil veces había tomado la pluma para escribir a Isabelle para participarle mis sentimientos, y mil veces la tinta había formado costra en su afilada punta. Temía tanto que ella no los compartiera..., que simplemente hubiera sido amable conmigo..., que mi debilidad física le hubiera dado lástima, le hubiera conmovido...

Me faltó valor para averiguar si sentía algo más que amistad y preferí quedar en una duda que, para mí, era suficientemente consoladora.

Así que un buen día hice un paquete con la sombrilla, escribí su dirección y lo llevé a las oficinas de La Ferrocarrilana-Mixta. En el último momento me asusté de la frialdad del envío, compré un ramillete de violetas, las flores que simbolizan el recuerdo, y adjunté un papel que decía: «*Ne m'oubliez pas*».

Don Wenceslao seguía madurando su plan:

—Por supuesto, contaremos con el chico de los Xaneiro, éste...

—Bruno.

—Sí, eso es, Bruno. Es muy avisado y al fin y al cabo está metido de lleno en el asunto.

«Desde luego en mi vida sí que está metido», murmuré para mí. La fuerte personalidad de Bruno me había subyugado; creo que me hubiera gustado ser como él. Necesitaba su seguridad y su amistad.

—Pepe, ¿llevas encima los periódicos? Bien, abre ése por la página tres. Lee esos versos, en voz alta...

Olvidé de golpe mis añoranzas ante tan tajante orden.

Y leí:

*Los que van de esta ciudad
por las mañanas al tren,
se quejan de que no ven
el camino, y es verdad.
Ante tal oscuridad
todos van haciendo cruces,
pues temen caer de bruces
y romperse el «testamento».
Suplico al Ayuntamiento
que mande encender las luces.*

—Los escribí aquella madrugada en el tren, ¿te acuerdas? Luego lo comenté con los periodistas que conocimos; la verdad, nunca pensé que merecieran los honores de la letra impresa...

Tanto él como yo sabíamos que mentía como un filibustero. Pero había sido una tarde de confianzas y nos sentíamos hermanados. Así que chocamos nuestros vasos de limonada y brindamos por el buen éxito de la empresa que nos aguardaba.

UNA PROMESA ARRIESGADA

Don Wenceslao tardó varias semanas en poner en marcha la operación rescate. Se carteo con Sanjurjo y le convenció de que pusiera a punto la boya-submarina.

No quedaba más por hacer, solamente esperar a que el inventor enviara el telegrama con la frase convenida: «TODO DISPUESTO».

Un buen día, a finales del mes de julio, el arqueólogo fue a buscarme a casa con el mensaje telegráfico flameando en su mano.

—Pepe, prepara tu equipaje: nos vamos a Vigo. Pediré permiso a tus padres...

No pusieron inconveniente y aquella misma tarde hacíamos una esperanzada entrada en la ciudad de Vigo.

Lo primero que se proponía don Wenceslao una vez reservada habitación en la Fonda de Europa, era poner en antecedentes de lo que pretendíamos a los cónsules de Francia y Gran Bretaña, pues si del rescate del cofre del capitán Tucker se derivaban responsabilidades penales, parecía obligado que tuvieran conocimiento cabal del asunto.

Bárcena estaba trabajando en su despacho por lo que nos recibió sin demora.

—Lo que me cuenta es muy interesante, querido maestro, y confirma que la presencia de Tucker en nuestra ría era más que sospechosa. —Buscó entre un montón de documentos, extrajo uno de ellos y continuó—: He recibido hace unos días la contestación del Ministerio de Fomento al requerimiento de la Vigo Salvage Company de importar pólvora para la demolición de los buques, nota que seguramente recordarán ustedes —asentimos en silencio—. Bien, pues, según Fomento, los trabajos de exploración de la empresa británica, han sido un abuso cometido en perjuicio de la compañía francesa, puesto que la Real Orden de 8 de julio del año pasado, expedida por dicho Ministerio, autoriza al señor Magen, de París, para continuar los trabajos de

exploración hasta finales del año 1879, lo que parece demostrar que no ha cedido sus derechos. Resumiendo, que mañana tendré mucho gusto en presenciar junto a ustedes, qué diablos venía a buscar por estos pagos nuestro ya famoso capitán Tucker...

La siguiente visita fue para el cónsul francés, *Monsieur De Lavérnere*, el padre de Isabelle.

Don Wenceslao iba pletórico de moral, ilusionado, seguro de que el cofre, del que ya se veía depositario, revelaría importantes detalles históricos sobre los galeones de Rande.

En cambio, mi espíritu estaba embargado por una mezcla de emociones contradictorias. Por un lado ansiaba un nuevo encuentro con Isabelle, con la que no había dejado de soñar estos casi dos meses; por otro, me inquietaba con estos pensamientos; ¿me recibiría como siempre?, ¿me echaría en cara no haberle escrito? Y, sobre todo, ¿sabría explicarle de una manera coherente por qué no lo había hecho?

No tenía muy claro qué iba a decirle. Albergaba un cierto sentimiento de culpabilidad del que esperaba salir bien librado con un regalo: el abanico que me obsequió Bruno.

Pacientemente había montado una pieza de seda sobre el varillaje de marfil y había pintado, creo que no del todo mal, la silueta del *Saint-Michel* surcando la ría de Vigo.

¿Serviría todo aquel trabajo para reanudar nuestra amistad?

Pero ni el cónsul ni su familia estaban en casa. La criada nos comunicó que los señores y la niña se encontraban pasando el sábado en La Iniciadora, el balneario de moda entre la gente bien de la ciudad.

A don Wenceslao no le pareció correcto ir a molestarle a los baños y prefirió escribirle una nota explicándole todo y citándole para la mañana siguiente en la fundición de Sanjurjo.

Ya sólo restaba presentarse ante el industrial y fijarlos últimos detalles de la operación. Yo deseaba visitar a Bruno en la fábrica de salazón, no lejos de donde estábamos, y así se lo comuniqué a mi compañero que lo entendió muy bien. Me encargó que le preguntara si habían tenido contestación a su carta al ministro y quedamos en vernos a las ocho en la Fonda de Europa.

Llegué justo a tiempo: era la hora de salida. Resultaba difícil distinguir a Bruno entre aquella masa de obreros todos vestidos con esa uniformidad a que obliga la pobreza.

Fue él quien me descubrió. Vino corriendo y me dio un abrazo que me levantó en volandas.

No nos habíamos visto desde la aventura del *Saint-Michel* y teníamos muchas cosas que contarnos.

La primera pregunta era obligada:

—¿Tu padre, Bruno?

—Ahí sigue —y señaló las afueras del puerto—, como cuando estuviste por aquí...

—Y la Marina, ¿contestó a la carta de don Wenceslao?

—Nada, silencio; como si no existiéramos.

Intenté aliviar sus pensamientos contándole el porqué de mi presencia, así como el plan de don Wenceslao para rescatar el cofre del capitán Tucker.

—¡Pero ese viejo está loco! ¡Se lo habrán llevado las corrientes! ¡O el fango se lo habrá tragado y bien tragado!

—¡Qué dices! El señor Viñal ha hecho las cosas bien. Ha tenido correspondencia con ingenieros y prácticos del puerto y le han confirmado que, dado el peso que se supone debe de tener la arqueta, el tesoro debe seguir donde se me cayó.

—¿Y por qué no lo han intentado con buzos?

—Don Wenceslao se ha negado. Quiere que sea la boya-submarina de su amigo Sanjurjo la que se lleve la gloria de rescatar «el tesoro del capitán Nemo», como él lo llama. Mañana por la mañana quiere intentarlo.

Bruno se había quedado profundamente serio, preocupado, cuando yo esperaba que mi charla le hubiera distraído, le hubiera animado.

Intuí por dónde iban sus pensamientos:

—Si te inquieta nuestra participación en este embrollo, olvídale. Tucker actuaba de mala fe y por tanto tu incursión al *Dido* sirvió para que se detuviera el despojo de los galeones.

Pero Bruno continuaba serio. Me tomó del brazo y forzando una sonrisa me rogó:

—¿Me acompañas al tren, Pepe? Tengo que volver a casa...

Le dije que sí e intenté de nuevo cambiar de conversación.

—Cuéntame, ¿qué tal tu trabajo?

—Mal, muy mal. Sueño con dejarlo cuanto antes... Yo no valgo para esto.

Evidentemente mi amigo tenía el día cruzado: así que abandoné todo intento de comunicarme con él.

Caminamos en silencio hasta desembocar en la calle del Ramal. Cuando comenzó a verse la fachada de la estación, Bruno rompió a hablar.

—Pepe, ¿eres mi amigo?

—Sí, claro.

—Pues te voy a pedir un favor muy grande. ¿Lo harás por mí?

—Desde luego, ¿de qué se trata?

—Don Wenceslao nos explicó una vez, en mi casa, que aparte del capitán, el submarino necesita de otros dos tripulantes para maniobrar. Quiero que mañana te las ingenies para ser uno de ellos.

—¿Yo? ¿Pero me has mirado bien?

—El viejo contó que la hélice del submarino gira gracias a unas palancas movidas a brazo. Y tú tienes mejores brazos que todos nosotros juntos...

En eso tenía razón. Le pregunté que adonde quería ir a parar con semejante propuesta.

—Necesito que aprendas cómo se maneja la boya-submarina; cómo maniobra, cómo se sumerge y cómo vuelve otra vez a la superficie. No creo que sea muy complicado...

—Pero ¿qué ganas tú con que yo me fije en todo eso?

—Muy sencillo: he pensado que con ese aparato nos podríamos acercar una noche a la *Prosperidad*, rescatar a mi padre y huir sin que nadie nos viese.

Fue tal la sorpresa que me causó tan insólita proposición que el bastón se me escapó de la mano y tuve que apoyarme en su brazo para no perder el equilibrio.

—¿Qué dices? ¡Estás completamente majareta!

Con la más absoluta naturalidad, Bruno recogió el bastón del suelo y me lo devolvió.

—No, no estoy loco. Pero cada día veo más claro que el su...

—El sumario...

—... que el sumario puede hacerse eterno, y yo no estoy dispuesto a que Paula y Berta crezcan sin su padre al lado. Tengo medios de hacer llegar un mensaje a mi padre diciéndole día y hora en que pasaremos a buscarle.

—Cualquiera que te oiga pensaría que se trata de un paseo...

—Casi, casi; en la goleta a nadie se le puede ocurrir que nada menos que un submarino vaya a rescatar a Xaneiro, el pescador. La guardia estará pendiente de los barcos que se acerquen, nunca de un submarino del que desconocen su existencia y al que, además, no verán.

Aquel plan era un disparate, pero no dejaba de tener una cierta lógica. Como para convencerme a mí mismo del proyecto de fuga, le cité a Bruno un antecedente histórico.

—Cuando los ingleses desterraron a Napoleón a la isla de Santa Elena, sus más fieles partidarios pensaron rescatarle mediante un sumergible primitivo...

—Naturalmente; es el tipo de buque más adecuado para una faena como ésta.

—Pienso que no estás en tus cabales, Bruno; es un plan imposible.

—Eso ya lo veremos. Lo más importante es que te enteres bien de cómo funciona; luego ya estudiaremos cómo arreglar la huida.

—Supongamos que todo funciona bien; tu padre se convertirá en un prófugo...

—Una vez en tierra, mi padre puede pasar a Portugal y luego a América. Más tarde, nos reuniríamos toda la familia con él.

Bruno tenía respuesta para todo; así que decidí que lo mejor era seguirle la corriente, como a un loco.

Habíamos llegado a la estación. En el andén se agolpaba mucha gente, pues se trataba del último tren de la jornada. Bruno, que llevaba billete de ida y vuelta, no tuvo que pasar por ventanilla.

Antes de subir al vagón me dictó las últimas instrucciones.

—Se me olvidaba lo más importante, Pepe: la boya-submarina no debe salir de la dársena de Sanjurjo. Si los periódicos publican que la navegación ha sido un éxito, perderemos el factor sorpresa. La prueba debe fracasar; ya encontrarás el medio de producir una avería.

Me impresionó la seguridad con que mi amigo me adjudicaba un papel protagonista en aquella descabellada historia.

—Oye, Bruno, ¿no crees que te estás pasando de listo? ¿Has pensado en qué situación quedaré yo? ¿No te preocupa lo que pueda pasarles a los otros tripulantes?

Desde que me obsequió con el abrazo de bienvenida no le había visto sonreír. Ahora tenía el rostro iluminado por la más risueña expresión:

—Te recuerdo que mi familia ha sido «pirata» a lo largo de muchos siglos. Un asunto como el que te encargo les hubiera parecido un juego de niños.

Como me veía lleno de dudas, endureció la expresión y dio a su voz un tono entre solemne y autoritario:

—Pero, júrame por lo que más quieras... eso, júrame por aquella chica francesa que harás lo que te he pedido.

—¿Qué tiene que ver Isabelle con todo esto? —debía de estar más rojo que un tomate.

—Mira, que tú estés bobo no quiere decir que los demás lo estemos. Anda, júrame por Isabelle que cumplirás mis instrucciones.

—Está bien, lo juro...

El tren, con un pitido, avisó que se iba. De un brinco, Bruno se subió al vagón:

—¡Espero tus noticias...!

El convoy se perdió en el atardecer y yo me quedé solo en el andén, hecho un completo lío.

LA BOYA-SUBMARINA

Todos acudimos puntualmente a la cita mañanera. Los últimos en llegar fueron el cónsul francés y su familia.

Isabelle estaba radiante, como siempre. Yo, en cambio, debía de presentar un aspecto lamentable. Apenas había pegado ojo en toda la noche, acosado por los ronquidos de don Wenceslao y abrumado por la promesa que me había arrancado Bruno. Rodeados de tanta gente nos saludamos de una forma meramente protocolaria.

El arqueólogo no paraba un instante; y era tal su excitación que nos había presentado a su amigo Sanjurjo más de una vez.

Antonio Sanjurjo Badía tenía entonces unos cuarenta años. A pesar de su edad le blanqueaba el cabello, crespo y muy recortado. Lo más llamativo de su rostro eran los ojos, azules, claros y vivísimos. Vestía con discreción salvo una divertida pajarita en lugar del corbatín usual.

La biografía de Sanjurjo era apasionante. Nacido en Sada (La Coruña) fue, desde muy joven, una eficaz ayuda en los talleres mecánicos y de relojería que poseía su familia. Desde siempre anidó en él un espíritu independiente y emprendedor. A los trece años decidió ampliar horizontes en Vigo, ciudad a la que intenta llegar a pie. En Santiago las fuerzas le fallan y tiene que regresar al pueblo. A los diecisiete inició una aventura siempre soñada: América. Recala en La Habana y en compañía de un gaditano monta un taller de fundición que les produce excelentes beneficios. Pero puede más la morriña y vuelve a Galicia en 1859. Se estableció en Vigo y con los ahorros americanos compra la maquinaria de los desaparecidos Talleres Ortega y Bahamonde. Levantó su industria en Guixar en un lugar que llaman De los Álamos. Paso a paso los trabajos de Sanjurjo alcanzan justa fama y su ingenio inventor es rubricado popularmente por el apodo de *Habilidades*. Valga como muestra señalar que en 1868 construyó la primera caldera de

vapor de Vigo y siete años más tarde dio un paseo por la carretera de Teis en su propio locomóvil, un muy primitivo vehículo de vapor.

Cuando lo conocí, don Antonio estaba a punto de concluir las últimas dependencias de La Industriosa, que así se llamaba su fábrica; denominación con la que rendía homenaje tanto a las laboriosas abejas —era un renombrado apicultor— como al trabajo industrial a cuyo culto había dedicado su vida.

Una vez presentados todos los invitados, Sanjurjo nos hizo pasar al interior de la fábrica, dado que tanto Bárcena como Lavérnere tenían curiosidad por conocer sus últimos adelantos.

Habilidades había sido el primer industrial de Vigo que pagó los jornales el sábado y no el domingo como era la costumbre. De esa manera sus obreros disfrutaban plenamente del descanso dominical. Así pues, cuando penetramos en la primera de las naves, los tornos y las máquinas taladradoras nos recibieron en el más apacible de los silencios.

Pasamos luego al taller de calderería donde pudimos ver varias remachadoras y un enorme cilindro para curvar chapas. Después visitamos la sección de fraguas, donde conté hasta seis de estos ingenios con su correspondiente ventilador. Sanjurjo, con orgullo mal disimulado, nos hizo observar un martinete de quinientos kilos que podía trabajar barras de hasta un palmo de diámetro.

Por último, llegamos a la fundición propiamente dicha. Dominaba la nave un enorme cubilote capaz de fundir tres mil kilos por hora, auxiliado por una grúa con potencia para levantar y trasladar piezas de hasta diez toneladas.

La visita fue rápida pues, a pesar de que ambos cónsules estaban interesados en estos adelantos industriales, a todos nos dominaba la curiosidad de conocer el submarino.

Salimos al exterior. A la orilla de la ría, en un pequeño varadero al abrigo de la punta de Santa Tecla, se hallaba apuntalado un extraño artilugio de hierro. Sin duda, era la famosa boya-submarina, pero mis ojos no estaban prendidos en recorrer tan fabuloso invento, no; escudriñaban a una persona que, junto al que debía de ser un empleado de la fábrica, parecía aguardar nuestra llegada. No podía apartar los ojos de aquella persona, porque o mucho me equivocaba o ante nosotros se encontraba el mismísimo Bruno Xaneiro.

Me adelanté hacia él, a trompicones:

—Pero chico, ¿qué haces aquí?

—Nada, he venido a ver el submarino.

En su rostro flotaba una sonrisa retadora.

—Pero ¿y el trabajo?

—Les he dicho a los catalanes que don Wenceslao me había mandado llamar y aquí estoy...

Algo en su mirada me dio la clave de su presencia allí, en el varadero.

—¿Qué ocurre?, ¿que no te fías de mi promesa?

—No, no me fío.

—Pues estás en lo cierto, no pensaba hacerlo.

No era verdad, pero me había molestado el aire de suficiencia con que habló desde el principio.

—Sabía que te falta lo que hay que tener. Pero no importa, lo haré yo.

Procuré introducir algo de serenidad en aquella conversación de locos.

—Escucha, Bruno, por tu bien y el de tu padre olvida este juego estúpido. Puede acabar mal...

Me miró amenazadoramente. No sé cómo hubiera terminado aquello si no llega a aparecer Isabelle con el recado del arqueólogo de que nos uniéramos al grupo.

Era una tregua, pues las espadas permanecían todavía en alto.

Don Wenceslao saludó a Bruno cariñosamente:

—Muy bien muchacho; nos echarás una mano...

Él pensaba que la presencia del chico de los Xaneiro se debía a una invitación por mi parte. No quise entrar en detalles, prefería observar el submarino.

A primera vista no parecía que aquel artilugio pudiera navegar. Visto así, en el dique seco, era como un gran *cruceiro*, que en lugar de labrado en piedra, se hubiese construido con dos gigantescos cilindros de hierro. El brazo horizontal tendría unos cinco metros y el de la base al coronamiento de la torreta sobrepasaría los cuatro.

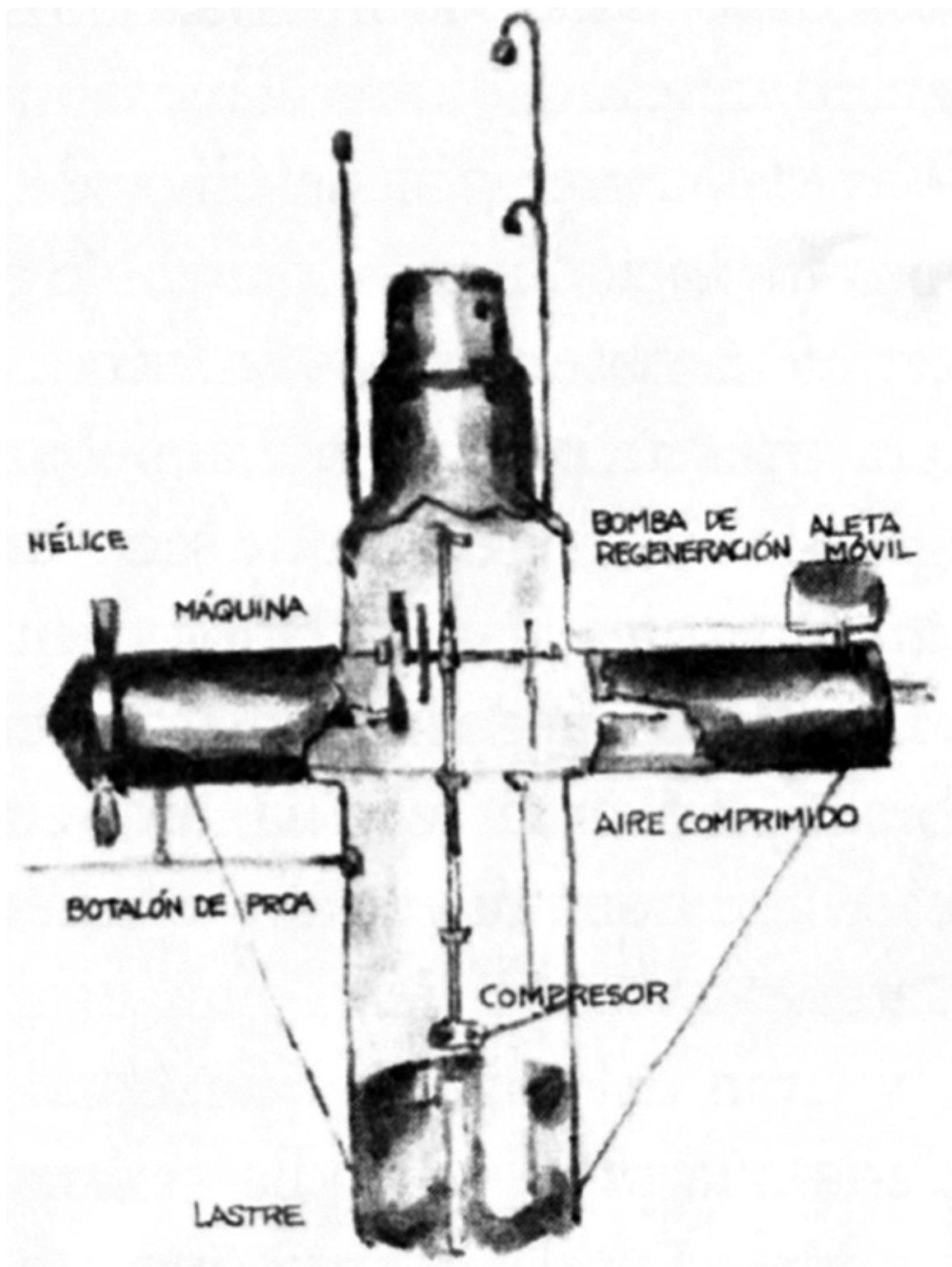
En un extremo del cilindro horizontal, en lo que correspondería a la proa, se podía ver una hélice de aspas muy cortas. En el extremo opuesto, una aleta móvil hacía el papel de timón.

Desde el exterior esto era todo lo que podría reseñarse. Quizá añadir que el cilindro vertical lo coronaba una torrecilla por la que se entraba al buque, y que tenía cuatro ojos de buey, para procurar una visión total al que lo comandara.

Un cierto desencanto se reflejaba en el rostro de los allí convocados. Evidentemente todos esperábamos otra cosa y don Antonio se dio cuenta, porque con una maliciosa sonrisa comentó:

—Es una boya-submarina, no el *Nautilus*. Pero servirá para lo que nos proponemos...

Barcena estaba interesado en el proceso de creación de aquel ingenio, por lo que Habilidades tuvo que hacer algo de historia:



—Creo que comencé a interesarme por estos temas hará unos diez años, cuando el catalán Monturiol experimentó con éxito notable sus «submarinos», o «ictíneos» como él los llamaba. Monturiol los fabricó con el deseo de que

ayudaran al conocimiento científico del fondo de los mares y también para la recolección del valioso coral, que tanto abunda en las costas de su país. Para efectuar este trabajo dotó a sus «ictíneos» de un ingenioso brazo mecánico que se maniobraba desde el interior, a voluntad de los pescadores de coral.

»Bien, algunos años más tarde apareció por esta ciudad la compañía francesa Magen, con el propósito de extraer los tesoros de Rande. Hice amistad con el ingeniero que dirigía dichas operaciones, que se llamaba Bazín y había adquirido justa fama, usted quizá lo recuerde, señor Lavérnere, cuando el sitio de París por los prusianos. *Monsieur* Bazín, el “tío” Bazín, como le llamábamos cariñosamente, había inventado un poderoso reflector eléctrico cuyo haz luminoso servía por las noches para poner al descubierto las estratagemas de los sitiadores. Aquí se hizo famoso porque, durante tres meses, se puede decir que vivió encerrado en un cilindro de palastro en el que descendía al fondo de la ría, determinaba la situación de los navíos hundidos y los balizaba. Desde este observatorio dirigía el trabajo de los buzos, auxiliado eficazmente por el reflector de su invención. Gracias a esta luz se podían apreciar los objetos más insignificantes; y tanto es así que habiendo arrojado una moneda el capitán que gobernaba la goleta de la expedición, le fue entregada inmediatamente por uno de sus buzos...

Sanjurjo había hablado de un tirón e hizo una pausa para humedecerse la boca. Se aflojó un poco la pajarita, y cuando terminó esta operación prosiguió:

—Naturalmente, trabé amistad con personaje tan curioso e imaginativo. En la estela de los hallazgos de Monturiol, dedicamos muchas horas a planear ingenios sumergibles que pudieran realizar con mayor eficacia la labor de los buzos. Muchas noches de cálculos y dibujos, y un trabajo mil veces interrumpido por las necesidades imperiosas de la fábrica, dieron al final como resultado esto que tienen ante ustedes: la boya-submarina.

—Así que usted es solamente medio padre de la criatura... —comento Lavérnere con un punto de chovinismo en el tono.

—Soy padre y madre, ya que el «tío» Bazín abandonó pronto Vigo por imperativos de su empresa. Cuando se marchó le daba vueltas a otro invento: un «buque-rodador» que fuese capaz de desarrollar una velocidad de 45 nudos, deslizándose sobre el fondo marino sobre un sistema de rodillos especiales...

Don Wenceslao se estaba impacientando con aquellas digresiones futuristas y no pudo aguantar más:

—Todo eso es muy interesante, pero aquí hemos venido a otra cosa. Sanjurjo, creo que ya es hora de poner el submarino a punto y de elegir su tripulación.

—Tiene razón, Viñal, pongamos manos a la obra. Si les parece bien, yo ocuparé el sillín de capitán. Mi buen Gabeiras —y señaló al empleado que había visto antes junto a Bruno—, se encargará del manejo del sistema de ventilación: así que solamente necesitaré que alguno de ustedes se ocupe de mover las palancas de la hélice. Un voluntario pues...

No tuve tiempo para abrir la boca. Bruno dio un paso adelante y afirmó:

—Yo me encargaré de las palancas.

Bien, la suerte estaba echada. Si quería salvar a Bruno de su propia locura, era el momento justo.

Y con un tembloroso esfuerzo, intervine.

LA PELEA

—¡Un momento! ¡Creo que ese puesto me corresponde!

Todos quedaron muy sorprendidos, pues nadie esperaba de mí semejante reacción.

Se creó un silencio expectante que Bruno se encargó de romper:

—Yo lo dije primero. Además, soy mayor que tú y no tengo...

No se atrevió a terminar, pero miró mi pierna de modo ostensible.

En otra ocasión hubiera bastado ese detalle para que me viniera abajo. Pero aquel día —quizá la expresión de apoyo de Isabelle, quizá el convencimiento de que debía evitar una posible tragedia—, estaba transformado, lleno de energía. Ni yo mismo me reconocía. Así que volví a insistir:

—Yo tuve la culpa de que el cofre se fuera al fondo y por tanto iré yo...

—Pepe, para mover esa hélice se necesitan músculos, no ganas de quedar bien ante las chicas.

—Si he dicho que voy yo es porque puedo; porque tengo fuerza suficiente en los brazos...

—¿Fuerza, tú? Anda, no nos cuentes historias...

Bruno se estaba convirtiendo por momentos en un ser odioso. Su actitud me encorajinó todavía más y le contesté algo que nunca pensé que le pudiera decir algún día a nadie:

—A que te pego un puñetazo y te enteras de una vez con quién estás hablando...

Sin darnos cuenta y debido al ardor de la pelea verbal nos habíamos ido aproximando el uno al otro. Isabelle se acercó a separarnos:

—¡Por favor! ¡No seáis niños...! ¿A que le pido a don Antonio que me lleve a mí?

Sanjurjo intentó mediar:

—¿Por qué no lo echáis a suerte, muchachos? La chica podría lanzar una moneda...

Yo sí que estaba lanzado: como nunca en mi vida.

—Gracias, don Antonio, pero creo que tengo una idea mejor. Bruno, Isabelle, venid conmigo...

Hablé con tal autoridad que me siguieron sin rechistar. Mientras, los mayores, poniendo caras de no entender nada, marcharon a poner a flote el submarino.

Busqué un rincón discreto y lo encontré junto a un almacén de chatarra.

El lugar era perfecto para lo que planeaba. Arrastré tres cajones de madera apilados en un rincón, los coloqué convenientemente, y me encaré con Bruno:

—Siéntate, nos jugaremos el embarque a un pulso. Isabelle será la juez. ¿Estás de acuerdo?

Me temblaban las piernas de la excitación de verme, por primera vez en mi vida, protagonista de algo. Me despojé de la chaqueta.

—Me parece bien; creo que es una solución justa —aceptó Bruno con una mal disimulada sonrisa de superioridad.

A pesar de que la tarde anterior había alabado mis bíceps, no tenía la menor duda de que en mí no tenía enemigo.

Nos sentamos cada uno en un cajón y clavamos los codos en el que quedaba en medio. Unimos las manos y alzamos los ojos esperando la señal de Isabelle. Esta dudó unos momentos, pero nos vio tan decididos que terminó por alzar los hombros y susurrar un débil:

—Bueno, preparados... ¡ya!

El primer tirón fue brutal, y a punto estuvo de desequilibrarme; pero pude aguantar la muñeca a pocos centímetros de la superficie del cajón, con los músculos en una sobretensión que se adivinaba aun a través de la camisa.

Poco a poco fui elevando el ángulo del brazo. Los dos sudábamos copiosamente y yo empezaba a vislumbrar que aquello no había sido una fanfarronada y entraba en lo posible derrotar a Bruno.

Este pensamiento me dio fuerzas para contraatacar. Desde el comienzo no había apartado los ojos de él y debió de leer en ellos la confianza que me había producido resistir su primer empujón.

Poco a poco, milímetro a milímetro, fui ganando terreno, haciendo retroceder el brazo de mi oponente hasta situarlo otra vez en la verticalidad del inicio.

Durante unos segundos, angustiosos, los dos brazos permanecieron en esta posición, recorridos de vez en cuando por espasmos de una tensión contenida

presta a estallar.

Hubo un instante en que sentí que Bruno comenzaba a aflojar. No dudé en vaciarme apelando a las reservas más recónditas que hubiera en mí. No había sido un espejismo: el chico de Xaneiro ya no podía aguantar más.

Y presioné y presioné hasta que su muñeca dio en la tapa del cajón.

Era el vencedor. Doblemente ganador, porque a la derrota de Bruno, que se alejaba frotándose el brazo derecho, se unía la felicitación de Isabelle en forma de abrazo que casi da con los dos en el suelo.

Yo también debía irme. Tomé a Isabelle de la mano —en aquellos momentos era otro—, recuperé mi bastón y a la mayor velocidad que pude, regresamos al varadero.

Sanjurjo, auxiliado por su empleado y los invitados, había maniobrado las pequeñas compuertas y el dique donde se encontraba la boya-submarina se llenaba de agua rápidamente.

Solté la mano de Isabelle y me acerqué a Habilidades:

—Don Antonio: Bruno y yo hemos llegado a un acuerdo y yo seré quien le acompañe.

—¿Podrás hacerlo, muchacho? Mira que hay que tener buenos brazos...

—Los tengo, don Antonio, los tengo...

Mientras le contestaba, me remangué la camisa y le mostré los músculos.

—No se hable más, me has convencido. Al submarino, pues...

Me encontraba feliz y excitado. Había desbaratado un disparate y tenía ante mí un excitante viaje submarino. Sonreí a Isabelle y le ofrecí mi chaqueta. La recibió como un trofeo.

Seguí a Sanjurjo. Gabeiras ya estaba dentro y me ofreció ayuda para descender a las entrañas de la máquina.

Las primeras sensaciones fueron de oscuridad y de ahogo que se atenuaron al acostumbrarme a lo reducido del buque y a la incierta luz de una vela. Debía compartir el cilindro central con Gabeiras, casi pegados el uno al otro y obstaculizados los movimientos por diversas palancas, tubos y mecanismos correspondientes al sistema de ventilación.

En un sillín que quedaba a la altura de nuestras cabezas se sentó Habilidades. Desde aquella posición podía dominar los alrededores del aparato a través de los ojos de buey de la torreta. A la altura del pecho quedaban los mandos del timón, así como la brújula y el péndulo para conocer la inclinación del eje de la nave.

Notábamos el ligero bamboleo producido por la entrada del agua en el dique. Mientras terminaba de alcanzar el nivel adecuado, Sanjurjo aprovechó

para explicarme el funcionamiento de su ingenio, que era muy sencillo.

—¡Ya tiene calado! —gritó don Wenceslao desde el muelle, mientras corría hacia una barquita que ya ocupaba el resto de los invitados y desde donde podrían presenciar las operaciones de rescate.

—¡Todo preparado, don Antonio! —gritó mi compañero de encierro.

El industrial cerró la escotilla. Era la imagen viva de la felicidad: parecía un niño a quien le han regalado ese juguete por el que siempre ha suspirado.

—¡Escotilla cerrada! Pepe, dale a las palancas y salgamos de aquí...

Tuve que vencer una gran resistencia hasta notar que gracias a un mecanismo multiplicador, la hélice se movía y la boya-submarina era impulsada hacia adelante.

Fueron unos minutos maravillosos: ¡Flotábamos bajo el agua! Habíamos pasado a pertenecer al mundo de las profundidades. Estaba bañado en sudor, pero subyugado por lo que estaba viviendo. No me hubiera cambiado por nadie.

Un grito angustiado de Gabeiras interrumpió mis pensamientos:

—¡Está entrando agua en el lastre! ¡La bomba de expulsión no funciona, señor! ¡Nos hundimos! ¡Nos hundimos!

Así era, aunque dado que no nos habíamos alejado mucho de la orilla, no descendimos más allá de una braza.

La boya-submarina retumbó al dar en el lecho marino, se escoró a un lado y otro, para quedar, afortunadamente, estabilizada.

Desde su sillín, Habilidades nos miraba con el desencanto pintado en el rostro:

—¿Qué ha pasado? ¡No entiendo lo que ha pasado! ¡Yo mismo revisé todo esta mañana...!

Quizá fuera un mal pensamiento, pero tenía la corazonada de que Bruno tenía algo que ver en aquel decepcionante final...

Lo busqué cuando nos rescataron en un bote y pude poner los pies en tierra; pero el hijo de Xaneiro había desaparecido.

UN MISTERIO MENOS

—Pepe, un chico pregunta por ti...

Me levanté de la cama como un autómata. Hacía un calor bochornoso y no había podido resistir la tentación de una siesta. Me calcé y seguí a mi madre medio adormilado aún.

En el recibidor de casa estaba la última persona que hubiera podido imaginarme: ¡Bruno!

Encontré a Bruno más serio de lo habitual, en una actitud de desamparo desconocida en él. Dudé en cómo saludarle; al fin opté por un abrazo que me devolvió con calor. Me dio la sensación de que los malos humores de un mes atrás provocados por la frustrada botadura del submarino, quedaban enterrados para siempre.

—Pepe, tengo poco tiempo. En cuanto el vecino que me trajo cargue su carromato, volveremos a Pórtela. Hay cosas importantes que quiero que sepas...

—Empieza, pues...

—No, mejor en la calle; vámonos.

Salimos. El sol de agosto caía implacable sobre los nobles edificios del centro de Pontevedra. La cita de Bruno con su vecino se efectuaría en las ruinas de Santo Domingo, así que hacia allí dirigimos nuestros pasos.

Buscamos la umbría del ábside, milagrosamente en pie, y nos acomodamos sobre la lápida de una tumba. Bruno comenzó su relato:

—Cuando volví a casa después de la pérdida del cofre del capitán Tucker, no pude pegar ojo en toda la noche porque una idea me rondaba la cabeza: recuperar el tesoro y comprar con él la fuga de mi padre. Me levanté resuelto a llevar a cabo el plan, y sin consultárselo a mi madre, me fui a ver a Tucker. A bordo del *Saint-Michel* le había observado, y llegué a la conclusión de que tendría sus cosas como cada uno, pero que era un verdadero caballero.

Vamos, que es de ese tipo de personas, con las que se puede hacer un trato, que cumplen su palabra...

Coincidía con esa opinión, aunque por nada del mundo me hubiera atrevido a manifestarla ante don Wenceslao. Bruno continuó:

—Me recibió amablemente y sin más preámbulos le ofrecí compartir un gran negocio a medias. Le conté nuestro asalto al *Dido* cuando él se encontraba en el *yacht* del señor Verne, y le dije que le indicaría el lugar exacto donde perdimos el cofre. Me contestó que ya había relacionado la desaparición de la arqueta con nuestro chapuzón y que se encontraba haciendo los preparativos para volver a Vigo, y simulando una reparación en el casco, rescatar el oro mediante sus buzos. Me llamé idiota allí mismo por no haber previsto esta posibilidad. Pero Tucker me sonrió de una forma encantadora y me aseguró que mis explicaciones, y sobre todo mi silencio, tenían un valor, aunque no desde luego el de la mitad del tesoro.

—¿Y encontró el cofre?

—Sí, desde luego. El lecho era de arena y no se abrió con el golpe, por lo que no se escapó ni una sola moneda. Cumplió su promesa y me pagó con un buen montón de monedas de plata. A los pocos días se fue de Rande. Quizá no confiara en mi silencio; quizá el valor del tesoro le compensara ya de los trabajos realizados...

Pensé en el recorte de prensa y en la pregunta final que se hacía el periodista. Murmuré:

—¡Menudo pájaro ese Tucker...!

—Sí, pero no olvides que gracias a él podré sacar a mi padre de la goleta. El dinero abre muchas puertas, ¿*non sabes*? Unos amigos de mi padre se pusieron al habla con uno de los que abastecen la cocina de la *Prosperidad* y aprovechando una descarga de mercancías pueden pasarle cualquier mensaje, cualquier plan de fuga

—Y si lograra escapar ¿qué haría después?

—Muy sencillo. Esos mismos amigos le facilitarían el pase a Portugal.

Era tal el cúmulo de noticias que recibía que me costaba un verdadero esfuerzo darles coherencia, ordenarlas.

—Pero, Bruno, ¿no es más sensato esperar la contestación a la carta de don Wenceslao, y aguardar el final del sumario, que meterse en dudosas aventuras?

Una picara sonrisa dejó al descubierto los poderosos dientes de mi amigo.

—¿No te acuerdas de aquellos cajones, en la cueva, que no te pude enseñar porque eran asunto de mi padre? Bien, pues contenían contrabando:

vino de Oporto, tabaco, paños y no sé cuántas cosas más... —volvió a sonreír mientras movía la cabeza de un lado a otro—. No te asustes, mi padre no es contrabandista, no. Lo que ocurre es que a veces deja la cueva a amigos con problemas. Ya sabes cómo somos los Xaneiro...

¡Rafael Xaneiro amigo de contrabandistas! Pobre don Wenceslao si llegaba a enterarse... Uno de sus alumnos predilectos, un hombre que creía salvado de la incultura y la barbarie gracias a sus enseñanzas, se había convertido en un fuera de la ley.

Reflexioné en voz alta:

—Ahora comprendo por qué querías que tu padre saliera cuanto antes de la goleta. La investigación del sumario puede poner al descubierto actividades peligrosas para él...

—Sí, para él y para sus amigos...

Ya no sabía qué pensar de ese hombre, así que, para aquietar los sentimientos contrapuestos que me agitaban, resolví plantearle a Bruno el otro punto oscuro de esta historia.

—¿Por qué apareciste por la fábrica de Habilidades? ¿Para asegurarte de que la operación fracasaba...?

—Sí, pensé, como así ocurrió, que reflexionarías por la noche y que al día siguiente te negarías al sabotaje. Aproveché vuestro paseo por la fábrica para, a espaldas del vigilante, quitar una de las válvulas reguladoras. Como eso suponía un cierto peligro, quise ser uno de los tripulantes. Pero te pusiste tan tozudo que no hubo manera de quitarte el sitio...

Según hablaba me golpeaba cariñosamente los bíceps. Al terminar su relato mi estimación por Bruno volvió a ser completa.

Una carreta cargada con toda suerte de cachivaches para el hogar y la labranza se detuvo junto a los muros derruidos del antiguo convento. Bruno se incorporó y gritó un *¡Xa vou!*, mientras me ayudaba a ponerme en pie.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Está todo pensado. Si todo va bien y la fuga es un éxito, dentro de unos días mi padre se embarcará para América. Cuando se instale, que no será difícil gracias a la plata de Tucker, nos escribirá. Y nos iremos todos para allá; hasta Paula y Berta lo están deseando...

—¡América! —suspiré—, siempre pensé que algún día tú y yo marcharíamos allá..., viviríamos libres, a nuestro aire, nos divertiríamos y hasta, a lo mejor, haríamos fortuna y todo...

—Por eso he venido a verte, Pepe; porque ese día ha llegado. Estás a tiempo de venirte con nosotros...

—¡Qué dices! No conoces a mi familia...

—Escápate entonces.

—Recuerda que no soy un Xaneiro. Ese tipo de aventuras son imposibles para mí...

—Claro, lo tuyo son las aventuras amorosas.

Noté que me ponía rígido y le contestaba con acritud:

—¿Por qué dices eso?

—El día de la pelea vi que tenías a la francesita en el bote; sobre todo después de ganarme el pulso...

¿Íbamos a reñir otra vez? Lo que decía debía halagarme, pero usaba un tono de malicia que me estaba irritando por momentos. Respiré profundamente para serenarme:

—No es lo que tú piensas. Es una chica maravillosa y nos hemos hecho muy amigos; nos escribimos, pero de novios, nada. ¿Sabes que rehice el abanico que me diste en la cueva y se lo regalé? Le gustó tanto que lo ha enmarcado; fíjate...

Era cierto lo que le contaba de mi relación con Isabelle. Desde el enfrentamiento con Bruno y la posterior aventura en el submarino, algo muy importante cambió dentro de mí: por primera vez en mi vida me sentía seguro de lo que hacía, de mis decisiones.

Isabelle, desde entonces, era una persona real, no una ensoñación de cuento de hadas. Bajo su aspecto de niña delicada, escondía una fuerte personalidad con ideas sobre el mundo y la vida sin duda mucho más claras que las mías. No hace falta subrayar que sus cartas, su amistad y cariño eran de una gran ayuda para mí.

Bruno me dio la mano y me guiñó un ojo:

—Aún queda tiempo para que te pienses lo de América. Te escribiré para decirte cuando nos vamos...

Estaba contento; hacerme partícipe de los secretos de su familia cerraba el paréntesis de incomprensiones que abrió con su agresiva actitud en la fundición de Sanjurjo. De un salto se encaramó al pescante de la carreta; no bien las mulas arrancaron, se volvió para decirme:

—¡Hasta pronto! ¡Y no le digas nada al viejo; mi padre ya se lo explicará a su manera!

LA DESPEDIDA

La visita de Bruno me dejó muy preocupado. Me quedó la convicción de que, por liberar a su padre, estaba otra vez dispuesto a complicarse la vida.

Me encontraba, además, desasistido de los consejos de mi profesor y amigo, pues don Wenceslao, fiel a su sempiterna costumbre, pasaba el mes de agosto en alguno de los balnearios de la región. Soltero empedernido y sin ningún familiar a su cargo, don Wenceslao cuidaba con esmero de sus achaques reales o fingidos.

Dándole vueltas al asunto se me ocurrió una solución que, por lo menos, dejaba tranquila mi conciencia: escribiría a Isabelle para transmitirle mis temores y rogarle que, por medio de las influencias de su padre, buscara una manera de ayudar a Bruno y, por tanto, de protegerle de sus propias ideas.

A la mañana siguiente me ocupaba personalmente de entregar la carta al conductor de la diligencia de la Ferrocarrilana-Mixta que salía para Vigo.

Veinticuatro horas después tenía en casa la respuesta de Isabelle:

«Querido Pepe: No te preocupes. Ya he citado a Bruno para esta misma tarde. Isabelle».

No supe más de mis amigos hasta principios del mes de septiembre. Recibí una carta de Bruno en la que me comunicaba que su padre se encontraba ya libre, que había embarcado en Lisboa rumbo a Buenos Aires, y que el resto de la familia tenía pasaje a la Argentina para dentro de veinte días.

En los periódicos no había aparecido ninguna reseña sobre la huida de un preso ni nada similar. ¿Se habría efectuado el juicio y Xaneiro había sido declarado inocente sin cargos? Me dije que, en cualquier caso, dentro de pocos días sabría la solución del caso.

Don Wenceslao, rejuvenecido por los baños medicinales y puesto al tanto de estas noticias, se mostraba sospechosamente silencioso. Algún

pensamiento, no muy tranquilizador, debía de rondar por su apegada cabeza.

Y llegó el día de la partida. Para entonces el verano tocaba a su fin. No era sólo cuestión de fechas; un viento frío y racheado, unas nubes grises, nerviosas, anunciaban que la estación de las lluvias no se haría esperar. El agua de la ría de Vigo presentaba un triste color plumizo.

A mi lado, don Wenceslao se encogió dentro del amplio gabán de cazador que empleaba en los otoños. Yo me calé la gorrilla para evitar que las orejas sufrieran demasiado con el cierzo.

La goleta *Prosperidad* continuaba donde siempre. ¡Pobre Rafael! Viéndola ahora tan cerca, pero a la vez tan ajena a la vida del puerto, tan aislada de su mundo, sentí como propias la desazón y la rabia, que alentaron en Bruno tan insospechadas locuras.

—Quédate aquí, Pepe. Me acercaré al final del muelle a ver si los encuentro...

Me acomodé lo mejor que pude sobre unos cabos abandonados y me dispuse a pasar el rato observando el ajeteo siempre colorista y cambiante del puerto de Vigo.

En el muelle y alrededores se veían hombres todavía jóvenes, de mirada triste y rostro macilento, en la actitud de la más cruda desesperación. Mujeres casi harapientas, llenos los ojos de lágrimas y con un enjambre de chiquillos merodeando sin rumbo a su alrededor, se apiñaban junto a unas cuantas arcas de madera pintada y a varios baúles desvencijados, cuyos forros de piel se habían perdido con el uso. Otras portaban sacos de lona, atados muchos de ellos a un palo, equipaje casi obligado de los viajeros de la miseria.

El regreso de don Wenceslao me sustrajo de tan descorazonadora visión.

—Vamos, están en aquella cola...

Tardé en moverme, preso aún del sentimiento que me producía aquella masa de emigrantes. Eso hizo que también mi amigo reparara en ellos y reflexionase en voz alta:

—¡Desdichados! Huyen del hambre, de los caciques, de la pesadumbre de las contribuciones, ¿y para qué? Para encontrarse al otro lado del océano con los mismos sufrimientos, con la misma pobreza que acaban de dejar. Y todo por el engaño de un viaje gratis...

—¿Gratis? —pregunté extrañado mientras me incorporaba.

—Sí, gratis; pero ¡qué caro les cuesta en el fondo ese viaje...!

Caminamos hacia el final del muelle.

Dos gabarras de las destinadas a la carga y descarga de mercancías y al embarque de ganado estaban amarradas a la escalerilla del muelle. Desde allí un dependiente de la empresa de emigración llamaba por lista a los contratados; otro los iba colocando en el fondo de la gabarra. Allí esperaban a que una lancha de vapor los remolcara hasta un buque de bandera alemana, donde los emigrantes desaparecían en las bodegas. Así embarcaron casi mil personas.

Y con ser triste este espectáculo —me recordaba el horror de la trata de esclavos que vi una vez en unas viejas láminas de don Wenceslao—, era aún más triste el de los emigrantes inscritos en la lista de la agencia y que no podían embarcarse por no tener ya sitio en el vapor. Habían abandonado la vivienda, vendido el escasísimo ajuar, empleado su importe en los mezquinos preparativos del viaje... y ahora se encontraban sin poder embarcar, sin saber qué hacer en una ciudad para ellos desconocida y sin casi recursos para subsistir hasta el arribo del próximo vapor.

La escena me había conmovido y demandé a mi profesor y amigo algún atisbo de esperanza.

—¿No hay manera de evitar estas miserias, don Wenceslao? Lo de esta gente es terrible...

—No es un asunto fácil, querido Pepe, pero algo más de lo que hacen las autoridades sí que se podría intentar. No ciertamente cuarteando la libertad que todos tenemos de trasladarnos de un lugar a otro, pero sí, por ejemplo, vigilando a las empresas de emigración para que con el señuelo del billete gratis y del oro americano no exploten la ignorancia y la necesidad de los más pobres...

Se detuvo para limpiar las lentes en la bocamanga de su gabán y una vez aclaradas proseguir con su charla:

—Porque esto que hoy has descubierto, Pepe, el abandono del país por gente tan apegada a sus terruños como los gallegos, signo es de profundo malestar económico y social. Pero como estas pobres gentes ni promueven disidencias en los partidos, ni pronuncian discursos en el Parlamento, ni tienen medios materiales para hacer oír sus quejas, pues se les condena al suplicio de perecer en el olvido... El caso de nuestros amigos, los Xaneiro, es un buen ejemplo de lo que te digo.

Me abrió paso entre el gentío con su bastón, sin abandonar por ello el discurso:

—No hay redención para los modernos siervos de la gleba. Solamente la emigración les abre algún horizonte y a ella acuden. —Dio un profundo

suspiro y añadió—: Pero dejémonos de sermones, Pepe; ahí están nuestros amigos.

Siempre he odiado las despedidas, así que no me extenderé mucho en ésta. Baste decir que, menos Paula y Berta que en su inconsciencia veían todos aquellos preparativos como un juego, los demás nos sentíamos profundamente emocionados.

Bruno en un aparte me hizo la siguiente confidencia:

—Mi madre y yo hemos decidido dejarte en custodia la cueva de los tesoros familiares. Cuídala y si alguna vez necesitas vender algo de lo que hay allí, hazlo sin ningún reparo. Debes saber que todos te consideramos uno de los nuestros; un verdadero «pirata»...

—Bruno, todavía no sé cómo se libró Rafael...

—Ya te lo anuncié en tu casa: unos amigos de mi padre, un proveedor comprado que aprovecha un servicio al barco... Todo muy fácil, ¿*non sabes?*

—¿Y qué explicación os dio la Marina? Porque algo tuvieron que deciros, digo yo.

—Sí, naturalmente. Escribieron a mi madre que quizá un accidente, una caída al mar... que se le daba por desaparecido, vamos. De todas maneras si quieres saber más detalles pasa por casa de Isabelle. Ella te lo contará mejor, y ahora mira esto.

Metió la mano en su bolsillo y sacó un pañuelo antiguo, anudado en un lazo. Lo desató y apareció una maravillosa moneda de plata.

—Es para ti, Pepe, para que nunca te olvides de tu amigo... —intentó una sonrisa—. Si lo piensas, es curioso: hace siglos vino de América esta moneda; ahora, en cambio, soy yo el que va para allá...

Caímos uno en brazos del otro y nuestras lágrimas se mezclaron en un dolor común. Tuvo que intervenir don Wenceslao para separarnos. Blandía una carta que entregó convulsivamente a Bruno.

—Toma, es para tu padre... Dile que a pesar de que no comparto sus últimos asuntos aún le considero mi alumno predilecto... Y ya está bien de lágrimas. Vosotros, a embarcar, buen viaje y mucha suerte; y tú, Pepe, ¡por las benditas ánimas!, vámonos de una vez.

Cuando abandonamos el muelle, los Xaneiro ya estaban a bordo. Agité mi gorra por si, desde la cubierta, alcanzaban a vernos. Luego les dimos la espalda y caminamos en silencio hacia la ciudad.

MÁS SORPRESAS

Convencí a don Wenceslao para pasar por casa de Isabelle antes de volver a Pontevedra. La recomendación de Bruno de que visitara a la chica me había sonado realmente extraña.

Isabelle no estaba en la vivienda familiar. La criada del cónsul, una mujer adusta con voz cortante y cara de pocos amigos, nos comunicó:

—La señorita ha marchado a Francia, a completar sus estudios y —se adelantó a mi pregunta— tengo orden del señor Lavérnere de no dar su dirección a ninguna persona, ya sea conocida o no. ¡Buenas tardes! — concluyó dando un portazo en nuestras narices.

La vuelta a casa fue bastante triste. La rápida y misteriosa salida de Xaneiro preocupaba a don Wenceslao. A mí, la pérdida en un solo día de Bruno y, sobre todo, de Isabelle, me tenían confundido. ¿Por qué esa «huida» a Francia sin un aviso, sin una carta? ¿Qué habría pasado para provocar el mutismo de sus padres y ese muro de silencio a su alrededor?

Los días pasaban sin recibir noticias de mis amigos, pero no tuve mucho tiempo para entregarme a la añoranza porque en octubre debía trasladarme a Santiago de Compostela para iniciar mis estudios de Historia en su universidad.

Y fue en mi pensión de Santiago donde recibí —¡por fin!— carta de Isabelle. Desde mi domicilio familiar, mi madre se ocupó de hacérmela llegar a mi nueva residencia. La carta decía así:

París, 6 diciembre 1878.

Querido Pepe:

Me ha costado mucho ponerme a escribirte porque debo sincerarme contigo y contarte cosas que no te van a gustar. Me pediste ayuda para convencer a Bruno de que dejara actuar a la justicia y mis argumentos fueron tan pobres que, no sólo fui

incapaz de disuadirle, Pepe, sino que terminé ayudándolo a rescatar a su padre.

Nunca pensé que París, una de las ciudades más hermosas del mundo, tuviera internados donde encierran a las muchachas sólo por saltarse unas normas de nada. Si tú me conocieras más sabrías que cuando algo es injusto mis impulsos más primarios me empujan a luchar contra ello, sobre todo cuando es un amigo el que me necesita.

Y ahora, mientras contemplo aburrida y fastidiada el apacible jardín de esta cárcel de juventud, me parece increíble haber participado en esta aventura, teniendo en cuenta mi aspecto frágil y delicado y ese aire ausente, que a veces me acompaña.

¡Ay, Pepe! ¡Qué aventura!

Una aventura digna de un relato de nuestro querido Julio Verne.

Tú conoces a Bruno y sabes bien de su capacidad para el mando, y su habilidad para imponer su voluntad sobre cualquiera de los que lo rodean. Así que no te extrañará que se marchara de mi casa con la promesa de que lo ayudaría hasta el final y el final era —agárrate bien— ¡que pilotara el submarino de Sanjurjo!

Quedamos conjurados para la tercera noche a partir de nuestra entrevista, y te aseguro que fue la espera más excitante de mi vida. A la hora señalada me escapé de casa por la ventana de mi dormitorio, con bastante dificultad; el vestido femenino está inventado, entre otras cosas, para crearnos problemas y disuadirnos de vivencias tan enriquecedoras como ésta. Antes de salir había envuelto una succulenta chuleta, que guardé en el bolsillo, para prevenir un peligro muy posible: el perro guardián de la fábrica de Sanjurjo era especialmente feroz. Bruno me esperaba allí con algo envuelto en papel de periódico, que me tendió con un apresurado «¡cámbiate!». Era un viejo pantalón de color indefinido, con mil y un remiendos y lleno de lamparones de grasa. ¡Dios mío, si me hubieras visto! Bruno me dijo, adivinando mis titubeos, que era conveniente no llamar la atención y, además, resultaría más cómodo para el viaje. Sin pensarlo, y llena de entusiasmo nuevo, me transformé

en un pilluelo como los que brujuleaban por el puerto a esa hora de la noche. Sé que me brillaban los ojos aunque tenía la carne de gallina de puro miedo. Dimos de comer al perro, burlamos al vigilante y buscamos la dársena donde estaba amarrado el submarino. Era una noche de luna clara que venía a dotar a la nave de un cierto aspecto de monstruo marino. ¡El submarino! Tenía el tamaño de una barca de remos habitual. Su navegar silencioso y la negrura de su chapa metálica lo hacían sumamente adecuado para los fines perseguidos por Bruno. Lo miré aterrada con los pies clavados en el suelo. Por un momento sentí que nunca sería capaz de subir a semejante invento.

Bruno no me permitió que el miedo me hiciera volver atrás. Lo vi comprobar si todo estaba en orden y manipuló alguna que otra pieza. Soltó la amarra, me ayudó a subir a la boya, entró él primero por la torreta hasta acomodarse en la plataforma de las palancas motrices; luego, todavía temblando, lo hice yo, sentándome en el sillín del capitán y cerrando sobre mi cabeza la escotilla. Fue todo tan rápido que apenas tuve tiempo de sentir claustrofobia hasta que oí mi respiración rebotando contra las paredes.

Nuestro amigo puso en marcha, suavemente, la hélice de proa y yo, al mando del timón, maniobré para sacar al submarino de la dársena de la fábrica. No nos sumergimos porque, como tú sabes, para navegar bajo el agua hace falta una tercera persona que se haga cargo del sistema de aireación y de las bombas de lastre.

Contemplando el panorama a través del pequeño ojo de buey, la sensación de navegar en silencio a ras de superficie e iluminados por la luna era de una belleza y placidez insuperables.

Creo haberte contado que he navegado muchas veces con mi padre, por lo que el gobierno de ese artefacto no me resultó muy complicado.

Y así poco a poco, como si estuviéramos en un crucero de placer, el invento del señor Sanjurjo dejó atrás el puerto de Vigo y salió a ría abierta. Sólo se escuchaba el beso del agua sobre la torreta y los suspiros de Bruno, a mis pies, marcando

rítmicamente el atrás-adelante-atrás de las palancas motrices. El pobre no podía ver ni disfrutar de la navegación; yo sí lo hice, y mucho, aunque naturalmente con el miedo metido en el cuerpo.

Pronto quedó enmarcado en el ojo de buey de proa la silueta de La Prosperidad. Aquella mar calma e iluminada por la luna me recordaba alguna acuarela romántica de esas que pintaba el inglés Turner.

Despacio y sin apenas hacer ruido, nos fuimos aproximando a la goleta, avanzando en los momentos en que alguna nube tapaba la luna para que no nos delatase el reflejo de su luz en la torreta del submarino.

Nos situamos a un centenar de brazas del navío-prisión y esperamos. Cada dos o tres minutos me llegaba la voz angustiada de Bruno susurrando:

—¿Ves algo? ¿Ves algo?

Pero no, todo era tranquilidad tanto en el buque de guerra como en la superficie tersa y negra de la ría.

Hasta que, de pronto, alguien apareció en la proa de la goleta y, con agilidad y sigilo casi felinos, comenzó a descolgarse por la cadena del ancla. El corazón, otra vez, parecía saltar dentro de mí.

—¡Bruno, avante! ¡Ahí está tu padre!

El submarino se movió suavemente en dirección a Xaneiro. El plan se estaba desarrollando a la perfección. Los amigos de Rafael cumplieron con su parte y le habían transmitido la fecha y hora de la fuga.

Cuando el huido estaba a punto de abordarnos saqué la cabeza por la escotilla y le ordené:

—¡Rafael, agárrese a la popa! ¡No tenga miedo a la hélice: va delante! ¡Tout va bien, Bruno!

Y así, remolcando al padre de nuestro amigo, pusimos proa a la zona del puerto donde se encuentran los talleres del señor Sanjurjo.

Poco a poco Bruno fue acelerando la marcha. Se había levantado una brisa que, a pesar de la cálida noche de agosto, sin duda enfriaría aún más el cuerpo aterido de su padre.

Sorteando los buques cargueros y de pesca que fondeaban en la ría, nos fuimos acercando sin novedad a nuestra dársena de partida. No puedo poner más emoción en el relato porque el máximo peligro que pasamos a la vuelta fue el impacto de los desperdicios que algún noctámbulo lanzó desde la borda de su navío: se estamparon limpiamente sobre la torreta de mando y algunos rebasaron la escotilla abierta, lo que añadió una nota de comicidad a la ya feliz travesía.

Devolvimos el submarino a su lugar, lo amarramos como es debido y Bruno y yo sacamos a su padre del agua. Los dos Xaneiro se abrazaron un instante pero los ladridos de un perro nos recordaron que aún no estábamos en la calle. Yo estaba paralizada por la emoción del reencuentro pero Bruno, con la agilidad mental que le caracteriza, cogió una piedra y la lanzó justo en la dirección contraria por donde íbamos a salir. El perro, que no debía de ser muy listo, se tragó el anzuelo.

—A ese perro —interpreté decepcionada— le da igual tu piedra que mi chuleta...

Padre e hijo me acompañaron a casa. No sabían cómo agradecer mi ayuda: y a mí, Pepe, me parecía que no había sido para tanto porque, salvo el episodio de la claustrofobia, lo único que había hecho era divertirme. Ninguno de los dos podía expresar lo que sentían y se produjo un silencio embarazoso, porque yo también estaba cortada. Les tendí mi mano a manera de despedida y se alejaron deprisa. Pero cuando ya se habían apartado unos metros, Bruno regresó sobre sus pasos y ante mi sorpresa me dio un beso a la vez que depositaba en mi mano un objeto envuelto en un papel arrugado.

—Gracias otra vez —musitó junto a mi oído.

Antes de abrirlo estaba ya escalando la ventana de mi habitación casi con la misma ligereza que Xaneiro la cadena del ancla; y cuando iba a saltar del alféizar de la fenétre, se encendió la luz de repente: ¡había sido descubierta! Y aturdida por el resplandor caí al suelo de bruces.

Al fondo de la habitación los rostros amenazadores de mis padres destacaban contra el delicado tono pastel de las paredes. Reparé horrorizada en que todavía llevaba puestos los

pantalones de Bruno, pero sostuve sus miradas con insolencia. Mi madre resolvió la situación propinándome una bofetada de las que hacen historia en la Historia de las bofetadas. Mi padre, con el gesto sombrío me pidió explicaciones que no pude dar aturdida por la estimulante intervención de ma mere: y, con una severidad que hasta entonces jamás me había demostrado, me dijo:

—Lo que has hecho es muy grave, Isabelle. Tu madre y yo estudiaremos lo que debemos hacer contigo. Mañana te comunicaremos nuestra decisión.

Y salieron dejándome desolée.

Creo que había visto a Bruno darme el beso y ¡yo que sé lo que pasaría por su cabezota!: pero el pesar que había imprimido a su sentencia me dejó más aturdida que la bofetada de mamá.

Así que aquí me tienes en París; mejor dicho, en un château de sus alrededores, en un colegio para señoritas a cargo de monjas de aspecto feroz, que insisten en que borde petit point en los ratos de descanso. Mi principal obligación, además del rosario y la misa diarios, es estudiar mucho si quiero salir de maestra y volver a casa.

Bruno y yo hablamos mucho de ti, de lo duro que nos resultaba traicionar tu confianza. Pero él estaba loco por liberar a su padre y yo soy una burguesita consentida que como has visto es capaz de meterse en los mayores líos por sentir que la sangre corre aceleradamente por sus venas. Pepe, sé que soy una insensata: perdóname por no haber sabido seguir tus consejos siempre tan prudentes, pero es que a veces, ¡pareces tan mayor!

La Navidad se acerca y ésta va a ser la primera vez que no voy a estar con mi familia. Aunque no sé si me importa. He empezado a preguntarme por qué la gente se empeña en mantener una tradición que no a todo el mundo apetece. Se obligan a que esa noche tiene que ser especial, que hay que reunir a toda la familia alrededor de una mesa enorme, que es obligado comer hasta hartarte y beber hasta que confundas los nombres...

Sin embargo, sé que este año, en algún momento de esa noche tan especial, me invadirá la nostalgia y añoraré a la gente que no podré tener a mi lado. ¿Es eso lo que llamáis «saudade» en tu tierra?

Sé que entonces las lucecitas de la Navidad se difuminarán y multitud de lágrimas de colores resbalarán por las ventanas.

Muchas de ellas serán por ti, Pepe.

¡Feliz Navidad!

Isabelle

P D.: El regalo de Bruno era una bella moneda antigua de plata. Me he fabricado un pendentif con ella.

LA VIDA DA MUCHAS VUELTAS

Tardé muchos días en digerir lo que Isabelle me contaba en su caria. Sentía estupor, sorpresa, incredulidad y, sobre todo, una decepción que me hería profundamente ¿Es que no era digno de la confianza de mis amigos?

Podía entender la actitud de Bruno. Se trataba de liberar a su padre aunque fuera por procedimientos ilegales, cuestión que apenas parecía afectarle, pues no hay que olvidar que ambos descendían de una familia de «piratas»... pero ¡Isabelle!

Mi educación me inclinaba a situar a la mujer como en un altar, a salvo del lado malo de las cosas. Pero la osadía de Isabelle me había demostrado que una chica como ella, aparentemente delicada, podía no ya poner los pies sobre la tierra, sino salpicar sus enaguas en los charcos más peligrosos sin que mermara un ápice la exquisitez de sus maneras.

El hecho de que Bruno me hubiera ocultado sus intenciones cuando nos despedimos este verano en Pontevedra me hacía pensar hasta qué punto mis amigos me consideraban un ser indefenso y, por lo tanto, incapaz de salir adelante ante cualquier adversidad y al que convenía mantener a salvo de todos los peligros.

Y ¿cómo no iba a ser demasiado maduro para mi edad, aburrido incluso, si nadie me había permitido demostrar que podía ser también atrevido y hasta un poco pirata? Además, casi todos los piratas presumen de alguna deficiencia física que los hace especialmente atractivos y no por eso menos osados. Y a imaginación no me gana nadie.

Todavía me asaltaban las dudas de si contestar o no a Isabelle y de cuál iba a ser mi postura, cuando, a finales de marzo, y anticipándose a mi respuesta, una carta suya apareció en el buzón de mi casa.

Decía así:

París, 3 de marzo de 1879.

Querido Pepe:

Te escribo otra vez desde mi encierro sin haber recibido noticias tuyas. ¿Tan enfadado estás conmigo?

No tengo muchas cosas que contarte. Durante las horas de clase me distraen las lecciones que imparten nuestras profesoras, tan pacientes ellas. Luego tenemos tiempo para el estudio, la lectura o los paseos por los jardines, que ya prometen una espléndida primavera. Pero en las horas de retiro y descanso me abandono a la melancolía, sin remedio.

En parejas, por los pasillos, algunas religiosas vigilan que el tiempo de silencio sea respetado; sólo llega un murmullo de rezos, casi siempre mecánicos, que apenas altera la quietud, y se reparte por todos los rincones mezclándose con la pereza de los dormitorios.

Todo está impregnado de un barniz de monotonía que hace que el tiempo se estire, y me parezca muy lejano el volver a verte. Incluso volver:

A veces los cantos de las hermanas se escapan de la capilla en coros celestiales inundándolo todo de una paz que no se puede describir. El aislamiento en este château me parece, entonces, menos severo, y no cuesta nada abandonarse al dulce abrazo de esas voces. Es éste uno de esos momentos, Pepe, y me resulta fácil reflexionar sobre mi vida, sobre lo que he hecho y lo que he vivido hasta ahora y todo lo que me queda todavía por aprender.

Tú apenas me conoces, Pepe. Soy una persona privilegiada en este mundo donde sobran las desgracias. Mis padres me han dado siempre mucho amor, cada uno a su manera, y han hecho que mi vida transcurra equilibrada y serena. Lo que más agradezco a la naturaleza es que me haya dotado de esta inquietud, de esta curiosidad por conocer, por ir un poco más allá de lo que normalmente se le permite a una muchacha; y todo esto potenciado, seguramente, por la posibilidad de acompañar a mis padres en sus viajes y en sus traslados forzosos.

Todavía recuerdo con nitidez aquella tarde de otoño en que nuestra barquita avanzaba suavemente sobre el lago; oigo el chapoteo de los remos que mi padre hundía en el agua. ¡Con

qué destreza de marinero antiguo manejaba la nave! Fue mi primer viaje en barco, Pepiño.

El recuerdo de otros pequeños detalles me sigue conmoviendo. Ese olor especial a madera de los pupitres y a lápices recién afilados de mi primer colegio, que también era religioso; los botones dorados del abrigo del uniforme, con anclas en suave relieve, como los de la chaqueta de un capitán de barco; las flores que en mayo llevábamos a la Virgen y ese aroma de rosas que impregnaba las clases; los cuentos de la abuela en las noches de tormenta, las natillas perfumadas con mucha canela para cenar; los veranos en Vigo; los libros leídos...

Todos los viajes que he realizado gracias al trabajo de mi padre, por Italia, por Oriente, han hecho de mí una curiosa incansable, una ciudadana del mundo, y me he sentido tan a gusto en una ciudad como en otra.

He contemplado la maravilla de Venecia después de una inundación; Pisa desde su torre inclinada, a pesar del vértigo. ¿Y Florencia? ¡Florencia!, con sus palacios, sus plazoletas, y ese río arcilloso, el Amo, encerrando tantos secretos. Y qué te podría contar de Estambul, la ciudad más enigmática que he conocido, con sus mezquitas, sus minaretes, el canto del muecín llamando a la oración... Santa Sofía, el palacio de Topkapi, y toda esa emoción que da traspasar una cultura prohibida.

No tengo que hacer balance para saber que, a pesar de mis pocos años, soy muy afortunada, me repito una y otra vez para animarme.

Sin embargo ahora, Pepe, añoro la voz del mar, la presencia de mis padres y, cómo no, las aventuras inolvidables junto a vosotros.

Un beso,

Isabelle

Después de leer una y otra vez esta carta desaparecieron mis dudas y contesté a Isabelle a vuelta de correo. De esta manera volvimos a recuperar la confianza y la amistad.

Con Bruno me pasó lo mismo. Al recibir sus primeras letras desde Buenos Aires mis resquemores hacia su conducta ya se habían evaporado, no así los

de don Wenceslao respecto a Rafael Xaneiro.

Al cabo de un cierto tiempo comprendí que para sentirme plenamente a gusto con los dos, de igual a igual, me faltaba por resolver una pequeña cuestión: navegar, como ellos, en un submarino.

La vida da muchas vueltas y veinte años después de que la presencia del *Dido*, del capitán Tucker y de Julio Verne desencadenaran los sucesos descritos en este libro, tuve la oportunidad de cumplir con mis sueños juveniles y emular —es un decir— los viajes del capitán Nemo.

Como se puede suponer la ocasión me la proporcionó don Antonio Sanjurjo, en el puerto de Vigo y a la vista de numeroso público, no como ciertas personas que yo me sé.

VEINTE AÑOS DESPUÉS

Pontevedra, 20 de septiembre de 1898.

Querido Bruno:

Tomo la pluma no repuesto aún de la conmoción que a todos nos ha producido el desastroso final de la guerra y la consiguiente pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

En Vigo se vive intensamente el último acto de la contienda, pues viene siendo uno de los puertos de desembarco de los repatriados. Los soldados vuelven descalzos y medio desnudos, lo cual no sólo produce la más honda pena, sino que contribuye no poco a aumentar la indignación popular que ha desembocado ya en verdaderos tumultos. Todo esto no es obstáculo para que los repatriados que van desembarcando sean atendidos con la mayor solicitud por las comisiones de la Cruz Roja y también por muchos particulares.

Pero no es para hablar de estas tristes cuestiones para lo que te escribo, sino para contarte que hace un mes, más o menos, he pasado por la experiencia más emocionante de mi vida. Naturalmente dejando al margen nuestras comunes aventuras.

¿Te acuerdas de Habilidades Sanjurjo, el inventor de aquella boya-submarina que tú le «robaste»? Pues bien, con el propósito de sumarse a la defensa de Vigo, que todos creíamos amenazada por la escuadra yanki del almirante Dawson, don Antonio volvió a construir su sumergible.

Para las pruebas tuvo el detalle de avisarme por medio de don Wenceslao y ofrecerme un puesto a su lado, igual que hace veinte años.

En la crónica que te envió verás que habla de dos operanos, pero en realidad éramos su hijo Antonio, que acaba de finalizar la carrera de ingeniero mecánico en Inglaterra, y un servidor.

Lee despacio, que no tiene desperdicio.

Como te imaginarás, fue una jornada inolvidable para mí. No sabría explicarte las mil y una sensaciones que tuve cuando navegamos bajo el agua: es algo imposible de contar, hay que vivirlo.

Afortunadamente esta vez salió todo bien; yo creo que porque tú te encontrabas muy lejos. No te vayas a enfadar que lo digo en broma...

Isabelle me da muchos recuerdos para ti. Entre cuidar de tu ahijada —por cierto, a ver cuándo vienes a verla— y atender a la clientela de La Moda Parisiën no le queda tiempo para escribirte.

Por cierto, no reconocerías la tienda. Hemos remodelado fachada e interior, todo al estilo que los franceses llaman Art Nouveau. Ha quedado moderno y alegre, y el cambio ya comienza a reflejarse en las ventas. ¿Sabes que los figurines exclusivos de Isabelle se los piden de Vigo y Santiago? Aún no me creo la suerte que he tenido de encontrarme con esta mujer...

De don Wenceslao te puedo contar que ya se ha jubilado de su puesto en la biblioteca-archivo de la Diputación. Ha pedido que yo sea su sustituto, ya veremos. Sigue como siempre —genio y figura hasta la sepultura— pero con más achaques y manías que nunca. Me dijo que había recibido noticias de tu padre y que le estaba contestando.

No quiero alargar más esta carta para poderla enviar en el próximo vapor-correo. Contéstame pronto. Recibe un fuerte abrazo de tu amigo de siempre.

Pepe Várela

P.D.: He pensado que con la ayuda del nuevo submarino de Sanjurjo podríamos dedicarnos a rescatar del fondo de la ría el resto del tesoro que tu «amigo» Tucker no pudo llevarse.

¿No te parece un estupendo plan de vacaciones? Te avisaré con tiempo una vez conseguidos los necesarios permisos para que no faltes; será un asunto digno de un auténtico «pirata» como tú...

Hasta se me ocurre que podríamos escribir a Julio Verne para que se uniera a nosotros. Seguro que le agradecería volver a Vigo y tomar parte en el salvamento del tesoro de «su» capitán Nemo.

Hablando de tesoros: he vuelto a utilizar la cueva de los Xaneiro. Ya te escribiré con detalle las cosas que vendí; necesitaba urgentemente dinero para los primeros pagos de las obras. Dile a tu padre que ya haremos cuentas. Otra vez adiós,
Pepe

Las pruebas de un invento

Recorte de El Faro de Vigo, correspondiente al viernes 12 de agosto de 1898.

BOYA LANZATORPEDOS

Hace tiempo que se venía hablando de un aparato submarino a cuyo estudio y construcción se había dedicado el fabricante de esta ciudad don Antonio Sanjurjo Badía. La historia del aparato es muy sencilla. Fue ni más ni menos que una idea patriótica surgida en la mente de aquel modesto cuanto laborioso industrial, al hablarse de la visita bélica que nos pensaban hacer los buques yankis. La idea fue contribuir con un elemento más a la defensa de nuestra bahía que se hallaba completamente indefensa al declararse la guerra.

La proverbial actividad del Sr. Sanjurjo púsose una vez más a prueba y en dos meses escasos quedó estudiada y hecha la obra. El aparato fue lanzado uno de los pasados días al agua, y tras algunos experimentos parciales se fijó el día de ayer para las pruebas oficiales.

Éstas se verificaron en el pozo del puerto. A las cinco de la tarde se embarcaba en la boya-lanzatorpedos el Sr. Sanjurjo, con los operarios de su fábrica que habían de acompañarlo y auxiliarlo en los trabajos que iba a realizar.

Las pruebas de inmersión se hicieron sin amarras. El aparato permaneció sumergido por la mañana durante hora y media, y por la tarde

cuarenta y cinco minutos. Durante este tiempo la marcha fue de dos millas por hora aproximadamente. La inmersión, caso necesario, puede prolongarse hasta cinco horas. El aparato es un cuerpo cilíndrico con dos brazos que sirven de acumuladores para el aire que una bomba colocada en el interior de la boya suministra luego a los encargados de manejarla. El motor lo constituye una combinación de palancas movidas a mano. Desplaza el aparato ocho metros cúbicos. Adheridos al mismo van dos tubos lanzatorpedos de una longitud de trece metros.

Las pruebas de velocidad fueron hechas a una profundidad de 7 metros. Numeroso público las presenciaba. Del elemento oficial estaba el general Sr. La Portilla. Hoy, a las nueve de la mañana, continuarán, asistiendo a ellas el comandante de Marina Sr. Godínez. Las pruebas de fuego parece que no se realizarán por ahora, toda vez que la marcha de las negociaciones de la paz parece no hacerlas de necesidad inmediata.

Con las ya realizadas han resultado cumplidos todos los cálculos del Sr. Sanjurjo; pero aunque así no fuera, aunque las prácticas se hubiesen traducido en un fracaso completo, la labor de tan distinguido industrial sería digna de la mayor loa.

Cuando se trabaja por el engrandecimiento del progreso científico o cualquiera otra empresa en que se busca el bien general, lo mismo merecen la consideración y el aplauso general los vencedores que los que no ven coronada su obra por el éxito apetecido. El Sr. Sanjurjo es de los primeros. Reciba nuestra felicitación entusiasta y cariñosa.

Un detalle interesante. El Sr. Sanjurjo, que ha contribuido a la Suscripción Nacional con una cantidad muy importante, ha invertido en su boya-lanza- torpedos, construida con el objetivo patriótico que dejamos mencionado, unas 18.000 pesetas.

Apéndice

CUANDO VINO VERNE

Julio Verne vino a Vigo de vacaciones. No tenemos noticia de que se dedicara a bucear en la ría para sacar a flote el tesoro de «su» capitán Nemo, que por cierto todavía duerme en los fondos cenagosos de Rande.

En 1959 se intentó de nuevo recuperar los tesoros de Rande. A pesar de los modernos equipos empleados, la Atlantic Salvage Company obtuvo nulos resultados. Uno de sus buceadores, Robert Stenuit, escribió un interesante libro sobre dicha experiencia titulado *Tesoros y galeones hundidos* (Barcelona, 1969). En esas aguas comenzó Stenuit su fabulosa carrera de buscador de tesoros. Otro libro fundamental para conocer la historia de los galeones de Rande es *La Flota de la Plata*, de Avelino Rodríguez Elias (Madrid, 1935).

Los últimos intentos de rescatar los restos de navios que todavía permanecen en el fondo de la bahía de San Simón tienen que ver más con la arqueología submarina que con el sólo objetivo de desenterrar tesoros. Además, los dos metros de cieno acumulados por el paso del tiempo sobre los pecios —barcos hundidos— son un serio obstáculo para buscadores y arqueólogos submarinos. Para complicar más la cuestión, las bateas —tarimas flotantes— dedicadas a la cría del mejillón cubren parte de esta ensenada, en muchos casos sobre el lugar donde se sabe existe algún pecio.

Actualmente, cualquier actuación sobre la flota hundida en la ensenada de San Simón-Rande tiene que cumplir los requisitos legales que impone la *Xunta* de Galicia.

Julio Verne estuvo en Vigo una segunda vez. Lo sabemos porque, con fecha del 18 de mayo de 1884, escribió desde Vigo una carta a Hetzel, su editor, en

donde le comentaba: «He dejado a la alegre panda, Duval, Jules y mi hermano, haciendo diez horas de coche bajo un calor tórrido... Es demasiado caluroso para mí».

El escritor no repitió viaje por las costas españolas porque, a partir de 1886, no volvió a navegar. ¿Motivo? Un sobrino suyo, Gastón, hijo de Paul, le disparó un tiro en la pierna en un arrebatado de locura. Según él, quería llamar la atención del mundo sobre su tío, a fin de que le abrieran las puertas de la Academia. Gastón acabó en el manicomio y Verne arrastró una cojera el resto de sus días.

Dos años después del citado incidente, Verne presenta su candidatura a concejal. Es sin duda la señal de que ya está curado y vuelve a interesarle la vida.

Francia entera se pregunta en qué partido buscará refugio Verne. Ante la sorpresa general, el escritor se apunta a una lista radical —«ultra-roja» según la prensa del momento— con la que consigue un acta de concejal en el Ayuntamiento de la ciudad.

En esta carta vierte sus porqués a un amigo que, como tantos otros, está alarmado por su aparición rompedora en la vida política.

Amiens, 11 de mayo de 1888.

Mi viejo amigo. ¿Quieres explicaciones? Aquí las tienes: mi única intención es la de ser útil y terminar con ciertas reformas urbanas. ¿Por qué mezclar siempre la política y el cristianismo con las cuestiones administrativas? Tú me conoces lo suficiente como para saber que en los puntos esenciales no he sufrido ninguna influencia. En sociología mi inclinación es: el orden; en política, he aquí mi aspiración: crear, en el gobierno actual, un partido razonable, equilibrado, respetuoso de la justicia, de las altas creencias, amigo de los hombres, de las artes, de la vida. Cree bien que así como yo no escondo mi manera de pensar, estoy resuelto también a defender siempre la libertad de conciencia de cada uno. Por consiguiente, eso que tú llamas «mi prestigio» no podrá servir más que a causas respetables. Además, obligándome mi enfermedad a una vida más sedentaria, me es útil permanecer en contacto con los asuntos y con mis semejantes. Cuestión de oficio. Muchos de mis colegas son vehementes, se les calmará. Otros tienen sentido común, mejor. Otros son unos imbéciles, aún mejor. Sus discursos me

divertirán. Tengo necesidad de ello. Cree, mi querido Charles, en mi vieja amistad.

Desde siempre ha sido un lugar común que Verne nunca viajó, que todas las experiencias se remitían a su perseverante dedicación a la lectura de libros y revistas científicas.

No es verdad. Verne ganó mucho dinero con sus libros —auténticos *best-sellers* de la época—, lo que le permitió comprarse yates y navegar hasta lejanos confines.

He aquí una muestra:

- 1859 ESCOCIA.
- 1861 ESCANDINAVIA, a bordo del *San Michel I*.
- 1867 ESTADOS UNIDOS, a bordo del *Great Eastern*, buque encargado de unir por cable Europa y Estados Unidos.
- 1878 Con el *San Michel II*, crucero por ESPAÑA, ARGELIA, GRECIA, ITALIA.
- 1881 NORUEGA, IRLANDA Y ESCOCIA.
- 1881 Crucero por el BÁLTICO y MAR DEL NORTE.
- 1884 Crucero por el MEDITERRÁNEO.
Viaje a ITALIA.

Después de recibir el disparo en la pierna, Verne vendió el *Saint-Michel* al rey de Montenegro y se retiró de los viajes y el mar, sus dos grandes pasiones. Se encerró en Amiens a escribir, y de esta actitud nació la falsa creencia popular de que nunca salió de Francia. Murió en 1905, a los 77 años de edad, legando a la posteridad más de cien novelas —muchas de ellas llevadas al cine y la TV—, que han hecho felices a varias generaciones de lectores.

Respecto a su legendaria capacidad para novelar temas de anticipación, el mismo Julio Verne afirmaba: «Los libros en los que he insertado profecías sobre los descubrimientos más recientes de la ciencia no han sido, en realidad, más que medios apuntando a un fin. Quizás les sorprenderá a ustedes el que yo no esté especialmente orgulloso de haber escrito sobre el automóvil, el submarino, el dirigible, antes de que hayan entrado en el dominio de las realidades científicas. Cuando en mis libros he escrito sobre ello, como de cosas ciertas, estaban ya inventadas a medias. Simplemente he hecho una ficción de lo que más tarde debía hacerse realidad, y mi objetivo al proceder así no era profetizar, sino extender el conocimiento de la Geografía entre la juventud, revistiéndolo de la manera más atrayente posible. Cada hecho geográfico y científico contenido en cualquiera de mis libros ha sido examinado al detalle y es escrupulosamente exacto. Si, por ejemplo, no hubiera querido subrayar el hecho de que un viaje alrededor del mundo ocasionaba la pérdida de una jornada entera, mi *Vuelta al mundo en ochenta días* no habría sido escrito jamás. Y *La isla misteriosa* debe su existencia a que yo deseaba decir a los jóvenes del mundo algo sobre las maravillas del Pacífico...».

El escaso nivel científico español debía de ser un secreto a voces, pues hasta el mismo Julio Verne ironiza acerca de él en el capítulo XII de su conocida novela *De la Tierra a la Luna* (1865):

En cuanto a España, le fue imposible reunir más de ciento diez reales. Pretextó que debía terminar el trazado de sus ferrocarriles. La verdad es que la ciencia no está muy bien vista en este país. Está aún un poco atrasada. Y, además, algunos de los españoles, y no de los menos instruidos, no se daban cuenta de la masa del proyectil comparada con la de la Luna y, consecuentemente, temían que perturbara su órbita y su papel de satélite y provocara su caída en la superficie del globo terrestre. En tal caso, más valía abstenerse. Es lo que hicieron, hecha la salvedad de unos cuantos reales.

En honor a la verdad hay que decir que Verne y lo español —lo latino en general, salvo Francia, naturalmente—, no se llevaban bien. No hay un solo personaje en sus novelas, nos referimos a héroes o heroínas nobles y valerosos, que sea español. En cambio, malvados, viles y ruines hay donde

escoger: desde el Negrete de *Héctor Servadac* (1877), al Alfeniz de *El soberbio Orinoco* (1898), pasando por otros canallas de ambiente colonial. Pero los españoles nunca se lo tuvieron en cuenta. Lo proclamaron genio, leyeron con avidez sus libros y hasta transformaron en zarzuelas tres de sus más conocidas obras: *La vuelta al mundo en ochenta días*, *Los sobrinos del capitán Grant* y *La guerra santa* (Miguel Strogoff).

* * *

Sin embargo, por aquellos años, el genio científico español tuvo un destello fugaz que asombró al mundo.

El teniente de navío, don Isaac Peral, realizó en el verano de 1890 pruebas, plenamente satisfactorias, de un submarino diseñado por él. Un buque que, por primera vez en la historia, era propulsado por energía eléctrica, utilizaba un doble casco y poseía instrumentos de profundidad, maniobra y disparo muy similares a los sumergibles modernos. El odio de un ministro y la cicatería de una junta técnica, dieron al traste con la ilusión de un hombre de ciencia y la actitud esperanzada de todo un pueblo, que buscaba con esta obra de ingenio y modernidad olvidar tres siglos de decadencia nacional.

Con Isaac Peral se volvió a repetir la histona de Colón; no sólo en tratarlo con ingratitud, sino en ayudarlo a descubrir un mundo nuevo —esta vez bajo las aguas— y, por envidias, dejarlo perder luego.

Hay una curiosa relación entre el ilustre marino y el novelista francés. Los extremos y exageraciones a que había llegado el entusiasmo público, antes de que pudiera darse por seguro el descubrimiento, ocasionaron un movimiento de opinión en contra de Peral, que se tradujo en dudas, casi en acusaciones. Cánovas, presidente entonces del Consejo de Ministros, al enterarse de que un oficial de la Armada pretendía construir un submarino, comentó: «Vaya, un Quijote que ha perdido el seso leyendo la novela de Julio Verne».

Peral tuvo estas palabras para sus detractores: «Creen, de buena fe, sin duda, que yo, lector como ellos del divertido y emocionante relato de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, he pretendido convertir en realidad el sueño irrealizable del capitán Nemo. Muchos creen que Julio Verne ha servido y ayudado al progreso de las ciencias con sus divulgaciones. No hay idea del daño que ha hecho, al menos en el problema que a mí me preocupa. Los mismos hombres de estudio e investigación, ingenieros, electricistas y mecánicos, cuando han detenido su atención sobre el problema de la

navegación submarina han retrocedido atemorizados ante la solución que se pide a ese problema según la concepción de Julio Verne. Esto es que no puede inventarse un submarino si no ha de realizar pruebas semejantes a las imaginadas por el novelista. Ya ven ustedes que las gentes —y gentes cultas de Madrid, no verduleras ni aguadores— me han atribuido el propósito de reconquistar con mi submarino el Peñón de Gibraltar; así, de pronto, y con el primer artefacto —como decía Cánovas— que se construyera, el cual, claro es, no podrá ser perfecto y necesitará numerosas correcciones... Lo malo es que estas cosas están ganando a marinos, políticos y funcionarios, y cuando yo digo que navegaré bajo el agua un determinado número de horas, dueño de mi rumbo, conservando la suficiente visión y sin riesgo de que la tripulación se asfixie, pudiendo llegar a disparar torpedos contra blancos, se me dice que eso no es resolver el problema de navegación submarina».

Pero lo resolvió, claro que lo resolvió; y adelantándose además al francés Gustave Zédé y al norteamericano Simón Lake. Aunque pagó un precio muy alto: la incompreensión, la baja voluntaria de la Armada, el olvido y una prematura muerte. El fruto de su titánico esfuerzo, el *Peral*, puede admirarse aún hoy día en el puerto de Cartagena, su ciudad natal.

Cuando se habla de Peral y Monturiol se plantea siempre la inútil polémica sobre quién de los dos fue realmente el inventor del submarino, sin tener en cuenta que el desarrollo tecnológico de cada época marca por sí mismo el techo de los posibles hallazgos. Baste para arrojar luz sobre esa estéril discusión un fragmento de la carta con que el caballeroso Peral respondía a las felicitaciones del Club de Regatas de Barcelona por las primeras pruebas en agua de su submarino.

San Fernando, Cádiz. 18 de febrero de 1889.

Siempre que a un hijo de esa industrial Barcelona me dirijo, no puedo menos que recordar, y recordar con sumo gusto, que catalán era el hombre que dio uno de los pasos más gigantes en la resolución del problema de la navegación submarina. Por lo que fue el «Ictíneo», del ilustre Montuñol, es fácil deducir lo que hoy pudo ser. Si aquel genio, tan lleno de abnegación como de talento, hubiera alcanzado la época presente de adelanto en las ciencias y las industrias, la felicitación de ustedes, que tanto me honra, la hubiera obtenido él con mayores méritos sin duda.

Isaac Peral

Existe un curioso documento que ilustra la relación fervorosa de don Wenceslao con el industrial Sanjurjo. Se lo debemos a la gran escritora gallega, condesa de Pardo Bazán, que coincidió con nuestro amigo Viñal en Mondariz en el verano de 1890. En aquellos días no se hablaba de otra cosa que de Peral y su submarino; y la condesa aprovechando la presencia del ilustre marino en el balneario le dedicó un par de artículos sumamente interesantes. En el primero de ellos hace una curiosa referencia a nuestros dos viejos conocidos, por lo que no nos ha quedado más remedio que reproducir el fragmento del que son protagonistas. Dice así:

Otra sentencia nueva se abrió camino entre todas las anteriores, miles de veces repetidas en España desde que Peral salió a la luz. Esta opinión singular y respetabilísima la emitía don Wenceslao Vinal, bibliotecario-archivero en una capital de provincia gallega, gran husmeador de rarezas en archivos y documentos, regionalista hasta la médula y víctima de alifafes que le obligan a encomendarse todos los años a las burbujitas del Troncoso. Este señor hablaba cerrando casi los ojos, cruzando las secas manos sobre la cayada del bastón y con una media sonrisa enigmática.

—¿No han leído ustedes El Resumen? ¿Se han fijado en una cosa... en una cosilla que dice? Tal vez no se habrán fijado. Yo lo sabía desde no sé cuánto tiempo, pero a qué ha de propalar uno... A veces no se ganan sino desazones. En España ni se admite ni se elogia lo que nace aquí en Galicia y ¡cómo ha de ser! Nuestro destino siempre fue así... Resignarse... hasta que Dios lo remedie.

—¿De qué se trata, don Wenceslao? —pregunté al ratón de la biblioteca que me miró de soslayo amostazado conmigo desde que hube de retratarle en mi última novela.

—¿Que de qué se trata? —me respondió con escama y haciendo un gesto desagradable—. ¡Vaya! Demasiado lo sabrá usted. Ahora se han venido a enterar los señores de la prensa de Madrid de que la navegación submarina se descubrió en Galicia, muchos añitos hace.

—¡Pero usted, qué me cuenta! ¿Y eso es auténtico?

—¡Au-tén-ti-co! —detalló don Wenceslao, hiriendo el suelo con el bastón—. Y usted debe saberlo mejor que nadie porque quien la descubrió fue Habilidades, el de Sada. Pero eso no

merecía un articulito de usted... y ahí está y cómo no ha llegado a conocerse hasta hoy el caso.

Inmediatamente evocado por la voz de Vinal, se desarrolló ante mis ojos el lugar de la escena.

A cosa de una legua de la granja de Meirás, reclínase en limpio y hermoso playazo el pueblecito de Sada, objeto y fin de nuestros paseos muchas tardes. Al extremo opuesto de la población, en una eminencia dominando el nibio arenal alzábase una humilde barraca, donde funcionaba una pobre fábrica de alfarería. ¡Cuántas veces, caminando por entre las heredades y los maíces nos acercamos al establecimiento, regresando luego a tomar el carmaje con las manos llenas de tiestos para las plantas, jardineras de barro, mientras los niños pitaban en los gallos que les regalara Habilidades!

Al dueño de la fábrica, el excelente Sanjurjo, le apodaba la gente así por lo fabricante, industrial y amigo de probar mecánicas raras para ganarse la vida; y apodo fue el suyo hereditario y que casi ascendió a apellido, pues nadie decía: «Voy a la fábrica de Sanjurjo» sino «Voy a la fábrica de Habilidades». Sin embargo ¡oh sorda fama e ingrata generación la presente! Con hallarse Sada tan cerca de la granja mía, con ver yo a Habilidades cada ocho días o poco menos, declaro que en jamás de los jamases supe ni sospeché que tuviésemos allí una especie de «Capitán Nemo», y aún hoy ignoro si fué él o su padre quien realizó la proeza de desafiar el metro de agua que cala la bahía del pueblecillo.

Emilia Pardo Bazán.

Publicado en El Imparcial de Madrid

el 8 de septiembre de 1890.

Bien podía decir don Antonio Sanjurjo que investigar en España en el siglo XIX era una aventura casi personal. Suponía una lucha sin tregua contra obstáculos y dificultades sin cuento, desde los que suscitaban la ignorancia hasta los que creaban la apatía o la burocracia oficial.

Don Antonio murió en 1922 rodeado de la admiración de sus conciudadanos que honraron su recuerdo dando su nombre a una importante avenida.

Los herederos de don Antonio Sanjurjo Badía conservan dicho submarino en sus actuales instalaciones industriales. Merece la pena visitarlo.

Gracias a guardar con cariño el legado de Habilidades, sus animosos descendientes botaron de nuevo la boya-submarina en agosto de 1998 para conmemorar el centenario de la inmersión citada en el recorte de prensa.

* * *

El autor ha utilizado los propios escritos de Verne para contar la curiosa anécdota del naufragio infantil del escritor que aparece en el capítulo *Robinsón Veme*.

Así mismo son verídicos todos los documentos relacionados con el *Dido* y la presencia en Rande del capitán Tucker, que aparecen como soporte de la historia.

* * *

Durante el proceso de edición de esta novela, septiembre de 2005, un consorcio ruso —San Simón GmbH— anunció su intención de llevar adelante un ambicioso proyecto paneuropeo de extracción y recuperación de una veintena de galeones hundidos en la ensenada de San Simón y en el sur de las islas Cíes, medio siglo después de la última e infructuosa prospección, emprendida por el americano John S. Potter.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).